

SABADO 25 SETIEMBRE

1852.

SE SUSCRIBE

en Madrid en las oficinas de EL DIARIO ESPAÑOL, calle del Carmen, núm. 32, y en las librerías de Monier, Carrera de San Gerónimo; Cuesta, calle Mayor; Villa, plazuela de Sto. Domingo, y Oliveres, calle de la Concepción Gerónima, núm. 13.

PRECIO DE SUSCRICION.

Un mes. . . . . 12 rs.  
Tres meses. . . . . 36

# EL DIARIO ESPAÑOL

## CIENTÍFICO Y LITERARIO.

SABADO 25 SETIEMBRE

1852.

SE SUSCRIBE

en provincias en las principales librerías y administraciones de correos y por medio de libranza, franca de porte, á la orden del administrador de EL DIARIO ESPAÑOL. En París, en la librería Española, rue de Provence, núm. 12.

PRECIO DE SUSCRICION.

PROVINCIALES. . . . . 60 rs.  
Tres meses. . . . . 120  
Tres idem. . . . . 72  
Estranjero. . . . . 144  
Tres idem. . . . . 444  
ULTRAMAR. . . . . 30



El fúnebre estampido del cañon anunció ayer mañana que había dejado de existir el emblema mas puro y culminante de nuestra gloria militar y de la independencia de nuestro país. Al fin el tiempo con su formidable poder, con ese poder á cuya accion destructora nada puede en este mundo sustraerse, ha vencido en una lucha tenazmente disputada, al que no pudieron vencer los enemigos de la nacion española, y al que respetaron las terribles eventualidades de los combates.

Pero si el tiempo es bastante poderoso para acabar con las existencias físicas, si nada de cuanto pertenece á la organizacion material es capaz de resistirle, sus embates se estrellan impotentes contra los monumentos ideales, contra esas magníficas creaciones que el espíritu de los pueblos sabe levantar sobre la flaca y perecedera base del hombre, para que sirvan de objeto á la religion de su patriotismo y de tipo á las aspiraciones de la posteridad.

El general Castaños, representante de una de las épocas mas augustas de nuestra historia, héroe de una de las mas magníficas epopeyas, es uno de esos símbolos, una de esas creaciones, uno de esos monumentos que durarán tanto como dure el sentimiento de las nacionalidades, y que cuando las nacionalidades sean un recuerdo, aparecerá en la historia rodeado del prestigio que acompaña á los héroes de las edades fabulosas.

No hay exageracion, no, en nuestros juicios, ni nos ciega la influencia de un estremado patriotismo. Aunque el ilustre duque de Bailen hubiera sido constantemente derrotado; aun cuando no hubiera poseído las eminentes virtudes que le distinguían; aunque hubiera carecido de esa lealtad de carácter que unánimemente se le ha reconocido; aunque, en una palabra, el ilustre duque de Bailen no hubiese existido, el sentimiento del pueblo español, que necesitaba depositar sobre algun objeto la expresion del amor á la independencia y á la libertad y la exaltacion de su triunfo, el sentimiento del pueblo español, decimos, le hubiera creado.

Esto es lo que significa el general Castaños; los homenajes de veneracion y respeto que en vida se le han tributado, y el culto que se rinde á su memoria, es la nacionalidad española que se manifiesta, y que, por decirlo así, exterioriza el robusto y poderoso corazón que la vivifica. El destino del héroe personaje cuyo nombre se repetirá dentro de poco en todos los ángulos de la monarquía y en todos los países de Europa, ha sido especialmente providencial; por eso le han considerado todos los gobiernos, todos los partidos; por eso nuestras vicisitudes políticas se han desviado, inclinándose con acatamiento al pasar por junto á esta nobilísima figura; porque veían en él algo superior á los gobiernos y á los partidos; porque veían en él la encarnacion de la idea de la nacionalidad española, dentro de la cual se debaten y fermentan, viven y mueren las transitorias manifestaciones de los partidos y de los sistemas.

Tal vez algunos de esos que se complacen en la disecadora tarea del análisis, pretendan legar á la posteridad el mezquino testimonio de la pequeñez de espíritu que les anima; tal vez le regateen sus victorias é interpreten como egoismo y cálculo el sistema de la mayor parte de su vida; ¿mas qué importa? los hechos sobre que descansa y eternamente descansará la gloria del héroe de la independencia, le están definitivamente atribuidos por una cosa mas decisiva que la critica y el escarpelo de esos anatomistas de la historia. La gloriosa imputacion de esos hechos ha sido acordada por el sentimiento unánime del país, y si no hubieran existido, la idea que nos representa, no por eso dejaría de ser una realidad indestructible, porque las ideas, y no los hechos, son el verdadero elemento de toda realidad.

Sin embargo, para que conste que aun bajo este punto de vista secundario, el general Castaños es acreedor á la gratitud de los nacionales y á la admiracion de los extranjeros, principiamos á publicar en nuestro número de hoy la estensa y bien escrita biografía que extractamos de la coleccion que bajo el título de *Estado mayor general del ejército*, se publica en esta corte.

Ayer anunciábamos ya á nuestros lectores que en el estado en que se encontraba el duque de Bailen no ofrecia su vida ninguna esperanza. Desgraciadamente pocos momentos despues de escribir esas líneas, el ilustre enfermo entregaba su alma al Criador.

Pronto circuló en la mañana de ayer esta infausta nueva entre los habitantes de Madrid. A la puerta de su morada se colocó desde muy temprano un piquete de granaderos con bandera entutada, y otro de alabarderos en su estancia.

Su cadáver, embalsamado y revestido de la histórica casaca blanca, se colocó interinamente en la sala de su casa, para ser trasladado mañana á la colegiata de San Isidro, adonde se hallará espuesto al público.

Ya hemos dicho que S. M. la Reina había dispuesto que se hiciesen al ilustre duque todos los honores de capitán general del ejército. Así es que con arreglo á ordenanza á cada media hora debe dispararse un cañonazo.

Aun no se sabe si la conduccion del cadáver á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha será el domingo ó lunes. El ceremonial para este acto será como sigue, segun tenemos entendido:

Al tiempo de salir de San Isidro se hará una descarga de tres cañonazos, y otra de igual número al entrar en Atocha.

Para la hora del entierro se pondrá toda la guarnicion sobre las armas, y se encaminarán las tropas á los puestos que se le hubiere destinado, formando en ala en las calles por donde deba ir el entierro.

A la marcha del acompañamiento del entierro han de preceder una batería rodada y el caballo del ilustre difunto, que llevará los caparzones negros con el escudo de sus armas y cifra de su nombre.

Luego que la artillería llegue á la vista de la puerta de la iglesia, se colocará enfrente de ella ó sobre algun costado, de modo que no pueda ocasionar desgracia al tiempo de hacer tres descargas, que deberán distribuirse en los casos de entrar en la iglesia el cadáver, último responso, y darle sepultura.

A los cañones seguirá en orden de marcha el sargento mayor de la plaza á caballo, y detras de él un coronel y un teniente coronel, tambien montados, y los tres con espada en mano, seguidos de todas las compañías de granaderos de la guarnicion.

Seguirán luego las comunidades y parroquias, y á estas el cadáver; y llevarán las cintas de la caja mortuoria los capitanes generales de ejército que hoy residen en Madrid y los oficiales de mayor graduacion.

Despues del cadáver irá S. M. el Rey, que presidirá este acto, el capitán general y todas las personas invitadas á esta ceremonia, cerrando la marcha un piquete de caballería.

### EL DUQUE DE BAILEN (1).

Bailen es el gran nombre de nuestra historia contemporánea. Las naciones mas sobresalientes por su importancia en el mundo, durante su peregrinacion en la larga escala del tiempo, han conservado vivo el recuerdo de un hecho célebre, enteramente ligado á su existencia política y social, y este recuerdo, como un destello divino, escita su valor en las horas de peligro, sostiene su constancia en los momentos de prueba, y las vigoriza en su postracion mas dolorosa, porque confunde en una misma idea lo que fueron con lo que pueden y deben ser. Esos acontecimientos gloriosos, los lugares en que acaecieron y los hombres que los llevaron á cabo, son á la vez un símbolo, un monumento y una inspiracion; un símbolo para las clases menos ilustradas de la sociedad, que necesitan apasionarse de un objeto eminente; un monumento para las generaciones futuras, que reciben su principal consistencia del pasado, y una inspiracion para los géneos distinguidos que arhelen aventajar á los que tan dignamente los precedieron. Maraton y Milciades fueron la verdadera causa del esplendor que obtuvo la antigua Grecia; Veyes y Camilo establecieron el inmenso poder de Roma; Pultawa y Pedro I afianzaron la gran preponderancia de la Rusia moderna; la Prusia debe su consistencia nacional á la batalla de Molwit y á Federico II; á Blenheim y Marlborough está enlazada la memoria de la influencia inglesa; sin la batalla de Argonne y los talentos de Dumouriez hubiera perecido en su cuna la revolucion de Francia, ahogándose el germen de tantos triunfos y tribulaciones; la España primitiva se immortalizó en Numancia y Sagunto; no puede pensarse en la España restaurada sin invocar los nombres de Covadonga y Pelayo, y se experimenta un noble orgullo, considerando que españoles era tambien, y españoles desgraciados, los que en los campos de Bailen, bajo las superiores órdenes del general D. Francisco Javier Castaños, hicieron estremecer la dominacion mas gigantesca que ha oprimido la Europa civilizada, y levantaron, con la victoria obtenida, el ánimo de sus compatriotas á un grado de heroismo que no se encuentra igual en los anales de ninguna otra nacion.

Cierto que la victoria de Bailen es un hecho bien extraordinario, aun mirándole desde el punto mas elevado de la imparcialidad histórica. Cuando el continente entero temblaba bajo la espada del conquistador, y cuando las águilas del nuevo imperio se remontaban orgullosas del Rhin hasta el Danubio, desde Odoer hasta el canal de la Mancha, y desde el Pireneo al Volga, el leon de Castilla, sacudiendo su prolongado letargo, se levantó tan altivo y fiero como en sus mejores dias, é hirió de muerte aquel poder que se reputaba incontestable. Algunos militares de soldados españoles, inespertos los mas en el arte de la guerra, y arrancados muchos de las penosas faenas agrícolas, ó de las pacíficas ocupaciones industriales, mal adiestrados y con poca disciplina, combaten, sin embargo, en Bailen tan tenaz y esforzadamente, que hacen rendir las armas á 24,000 de aquellos mismos franceses que se creían invencibles. De este punto se eleva la aureola de prestigio que rodea al general Castaños. Este prestigio ni se ha eclipsado con la sombra de los grandes hechos que ocurrieron despues, ni disminuido en medio de los recios vaivenes y de las terribles convulsiones políticas. Al escribir la biografía del general Castaños vamos á tocar los sucesos mas importantes de nuestra nacion, muchos de los cuales no están aun completamente esclarecidos. Los datos inéditos y numerosos que hemos logrado reunir, derramarán una luz necesaria sobre hechos tan capitales, y al propio tiempo suministrarán una idea exacta del duque de Bailen, cuyo carácter histórico, á pesar de su inmensa popularidad, es en el dia poco conocido.

Para poner en relieve las fases principales de esta biografía la dividiremos en cuatro épocas: la primera comprende los sucesos ocurridos en la vida del general Castaños hasta que fué nombrado comandante del campo de San Roque, y general del ejército de Andalucía; la segunda abraza el inmortal periodo de la guerra de la independencia; en la tercera se narrarán los acontecimientos en que tomó una parte activa, hasta el fallecimiento de Fernando VII; y en la cuarta describiremos la conducta que ha observado en los últimos diez y siete años, valorando despues con el criterio de la historia sus hechos mas importantes, y concluyendo con bosquejar su retrato físico y moral.

### EPOCA PRIMERA.

Bajo el benéfico reinado de Fernando VI, en el periodo en que la nacion española se reponia de la honda herida labrada en su seno por la guerra civil y extranjera, vino al mundo D. Francisco Javier Castaños. Ocurrió su nacimiento en Madrid el dia 22 de abril de 1758.

D. Francisco Javier Castaños entró casi en la aurora de su vida en la carrera militar, merced á las circunstancias de su familia. Su padre, D. Juan Felipe Castaños y Orioste, prestó servicios distinguidos al ejército español en la guerra pragmática que conmovió el seno de la Europa, y principalmente el corazón de la Italia. Desempeñaba entonces el empleo de intendente general del ejército; y siendo en muchas ocasiones excesiva la penuria de las tropas en aquellos países, trabajó para proporcionarlos medios de subsistencia, no solo empleando los escasos recursos que suministraba el gobierno, si que tambien invirtiendo gran parte de los cuantiosos bienes que poseía. Mas adelante, volvió á desempeñar la intendencia militar de Galicia y Cataluña, hallándose en este último punto cuando nació su hijo D. Francisco. La integridad é inteligencia que mostró en estos elevados cargos le ocasionó que Fernando VI le concediera honrosas distinciones; y cuando subió al trono Carlos III, le nombró hábil é ilustrado, que sabía preparar los grandes sucesos, estimulando á los hombres de mérito, recompensó el de D. Juan Felipe en la persona de su hijo, concediéndole este el empleo de capitán de infantería, con fecha 31 de julio de 1768, cuando contaba la edad de diez años.

Mostróse el niño desde luego merecedor de tan señalada gracia; pues en un periodo en que la vida moral del hombre reside casi enteramente en el corazón, ya se descubrían en él una imaginacion singular y un especial afecto al estudio. Desarrolláronse estas felices dotes y fueron poco á poco adquiriendo la consistencia necesaria con el auxilio de una esmerada educacion que recibió al lado de su padre, que á la sazón se hallaba en Barcelona.

Permaneció en este punto hasta que Carlos III espidió un decreto, disponiendo que todos los oficiales del ejército, en clase de menor edad, pasaran como alumnos al real Seminario de nobles de esta corte, en el cual ingresó el joven Castaños con el mencionado carácter. Aquí contrajo con los descendientes de las familias mas distinguidas del reino esas relaciones íntimas y profundas que teniendo su raíz en un sentimiento puro, no se borran ni bajo la accion corrosiva del tiempo, ni aun con el poder de los acontecimientos encontrados. Digno de atencion es este hecho ocurrido en la vida del niño Castaños, porque esplica satisfactoriamente las consideraciones y respetos que se tributaban al duque de Bailen por las clases mas elevadas de nuestra sociedad.

Trascurrió el tiempo que, segun reglamento, Castaños debia permanecer en el Seminario de Nobles, volvió al lado de su padre, que continuaba en Barcelona, y que habiéndose quedado ciego, suplicó al rey le permitiera tener cerca de sí á su hijo. En la capital del Principado de Cataluña se dedicó el joven capitán al estudio de las matemáticas, bajo la direccion del Dr. Lucea, siendo notables los progresos que hizo en esta ciencia, que ya empezaba á considerarse como la parte fundamental de los estudios militares. Desde entonces ya no abandonó Castaños á su padre hasta que falleció este abrevado de disgustos y tribulaciones en un pueblo de la provincia de Valencia, habiendo residido en la capital de la misma durante algun tiempo. Coincidió este funesto suceso con el periodo en que Castaños, cumpliendo los 16 años, salía de la menor edad, y con el corazón penetrado de dolor, roto ya para siempre el único vínculo que le detenía, partió Castaños de este pueblo, y se dirigió á Cádiz, donde se hallaba á la sazón el regimiento de Saboya, al cual habia sido trasladado, y del que era coronel su hermano materno D. Luis de las Casas. En Cádiz principió Castaños el servicio activo, y entretanto ocurrieron sucesos que á un joven ávido de honor y glorias, presentaban las mas brillantes esperanzas.

Habiase encendido la guerra, no solo en la inmensa estension del Atlántico, si que tambien en las colonias inglesas en América y en los vastos confines del continente europeo. La Francia y la España, unidas por el pacto de familia, pugnaban por arrancar á la Inglaterra el cetro de los mares; y considerando como un hecho decisivo la conquista de Gibraltar, llave del Océano y del Mediterráneo, emprendieron el bloqueo de esta plaza las fuerzas combinadas de ambas potencias el año de 1780. El oficial Castaños, que desde Cádiz habia ido á Tarifa, marchó despues con su regimiento al bloqueo, habiendo obtenido por antigüedad el empleo de capitán de granaderos, y siendo destinado con frecuencia al servicio de escuadras y avanzadas de la línea, pues si bien no le correspondía, su hermano, que era á la sazón coronel del regimiento de Saboya, quiso emplearle en los puntos de mas peligro y honra, proporcionándole así ocasiones de acreditarse y distinguirse.

Prosiguióse la guerra con el mayor calor, y en 1781, 8000 españoles, acudidos por el duque de Crillon, arribaron á la isla de Menorca, acometieron á los ingleses con tanto brio como fortuna, y los obligaron á encerrarse en el castillo de San Felipe. Oposición aquí gallarda y porfiada resistencia, siendo necesario para humillar la energía de los sitiados toda la pericia y tino del general español y la constancia y esfuerzos de sus tropas. En la invasion de la isla y toma del castillo figuró Castaños en calidad de comandante de todas las partidas de cazadores del ejército, sobresaliendo en el servicio de avanzadas y trenes, haciéndose acreedor á que se le promoviera á la categoría de teniente coronel graduado en el año de

1782. Poco tiempo despues de rendirse el castillo de San Felipe obtuvo Castaños una prueba honrosa de la confianza que inspiraba al duque de Crillon. Fué, pues, comisionado para arreglar con el gabinete de Saint-James el cange de los españoles prisioneros. Embarcóse al efecto con direccion á Inglaterra; pero en la travesía acaeció un suceso que puso su vida al borde del sepulcro. Una pierna de carnero que se sirvió en la mesa del buque se hallaba en estado de putrefaccion, y habiendo comido de ella inadvertidamente Castaños, sintió al poco rato los síntomas de envenenamiento. Aplicáronse con la mayor actividad y celo los remedios oportunos para combatir el influjo de aquel pernicioso manjar; pero aunque se logró salvarle la vida, no pudo detenerse el vuelo de una enfermedad dolorosa, que le imposibilitó durante muchos meses el continuar en la noble carrera de las armas.

Vuelto al servicio activo, se halló en el sitio de Gibraltar, emprendido en el mes de setiembre del precitado año de 1782, y fenecida esta operacion con grave detrimento de las armas combinadas, quedó por los enemigos aquella poderosa reina del Mediterráneo.

Tocó en el bloqueo de la plaza una parte muy activa al primer batallón del regimiento de Saboya, que ocupó en la parte de tierra la misma importante posición que habia tenido en el bloqueo de 1779: Castaños participó de las fatigas en que aquel se vio empeñado, acreditando un valor y pericia que le valieron el ascenso de sargento mayor (1.º del regimiento, el 6 de octubre de 1782: poco dias despues, es decir, el 20 del mismo, embarcado de refuerzo en el navio *San Juan Bautista*, se halló en el combate sostenido entre las escuadras inglesa y combinada, mandando por antigüedad la batería baja durante la accion entera.

Levantado el sitio, el sargento mayor Castaños volvió á Cádiz con su batallón; y allí ascendió á teniente coronel del mismo regimiento de Saboya, el 18 de marzo de 1784; permaneció hasta el 85, en que el segundo batallón se incorporó al primero, marchando al año siguiente á guarnecer la plaza de Oran, amenazada de continuo por los marroquines.

Castaños, cuyo valor, cuyo afecto á la disciplina, cuyo celo por la instrucción de las tropas le hacían acreedor á repetidos ascensos, siguió en ellos, sin embargo, la mas rigurosa escala, y obtuvo por ella el de coronel graduado en 14 de enero de 1789. El 15 de abril del mismo año embarcóse con su regimiento con direccion á la plaza de Mahón, en la isla de Menorca, donde solo permaneció 22 meses; puesto que decididos los marroquines á apoderarse de Oran, pusieron sitio con poderosas fuerzas y considerables aprestos, teniendo que volar á su socorro el regimiento de Saboya. Grandes eran las dificultades que se presentaban para penetrar en una plaza rodeada de enemigos; mas los denodados batallones los salvaron todos con ejemplar arrojo, entrando en Oran el 1.º de junio de 1791, donde permanecieron asediados hasta el 30 del siguiente mes, en que, por un tratado, se acordó suspender las hostilidades. Castaños estuvo encargado en el sitio del mando y defensa de la parte del recinto le la barrera á la campañá, que era uno de los puntos mas peligrosos, por estar constantemente espuesto á la agresion enemiga.

La tregua cesó con el rapido movimiento practicado por los marroquines sobre la plaza de Ceuta, desesperados ya de la toma de Oran: los bravos de Saboya corrieron al socorro de los nuevos sitiados, y penetraron en la plaza con igual fortuna que lo habian verificado en la de Oran, el dia 3 de setiembre, si bien á través de mayores obstáculos, y haciendo uso de mayores esfuerzos.

Horia aquella molesta guerra el amor propio de las armas españolas, que se encontraban sujetas á permanecer reducidas al círculo de un sitio estrechado mas y mas cada vez: cansadas de sufrir en aquel estado de zozobra y privaciones, se pensó en hacer un escaramento en el enemigo, bastante á incapacitarle para nuevos asedios; y convenida con este fin la práctica de una salida general, tratóse prudentemente, ante todo, de verificar otra salida parcial de reconocimiento. Necesitábase para llevar á cabo con fruto operacion de tanta trascendencia para el logro de la sucesiva, un jefe no menos esforzado que inteligente, que descubriese de una ojeada las posiciones y los trabajos dispuestos por el enemigo para ganar la plaza: Castaños mereció esta confianza; y habiéndose puesto al efecto bajo sus órdenes las ocho compañías de cazadores voluntarios que formaban parte de las fuerzas sitiadas, acometió con toda fortuna la operacion que se le habia encomendado, reconociendo las minas practicadas por el enemigo. Entonces pudo pensarse en verificar la proyectada salida; y en efecto, organizadas las tropas de la plaza en la disposición conveniente, acometieron el 31 de octubre tan terrible ataque sobre el campo marroquí, que lo desordenaron enteramente; y arrasando y destruyendo todos sus trabajos, minas y baterías, salvaron la plaza de aquel porfiado asedio.

Castaños habia tenido lugar de redoblar sus servicios, que unidos á la inteligencia y exactitud que procuraba desplegar siempre que se trataba del cumplimiento de sus deberes, no podían dejar de producirle el merecido fruto. El empleo de coronel efectivo, y el mando del regimiento de Africa, que le fué conferido el 29 de abril de 1792, y en que sustituyó al coronel D. Francisco Egüia, removido á mandar el regimiento de Toledo, constituyen la mejor prueba de la consideracion y prestigio con que su nombre llegó á acreditarse en el ejército, conduciéndole á la edad de 34 años á obtener un mando, que si parecia superior á sus años, habia sido ganado por numerosas pruebas de valor y pericia militar.

Por este tiempo el vértigo revolucionario francés tocaba al grado del delirio: no satisfecha la convencion con los torrentes de sangre derramados, ni con las víctimas sacrificadas al idolo de una libertad mal comprendida, acababa de llevar al patibulo al desventurado Luis XVI, á quien en vano procuró salvar la piedad del compasivo Carlos IV. Este suceso fué causa de la declaracion de guerra contra aquella república el 23 de marzo de 1793, con cuyo motivo Castaños, marchando á Pamplona, se puso al frente de su regimiento, que habia empeñado antes de su venida gloriosos combates con el enemigo, de los cuales salia victorioso casi siempre.

Mandaba á la sazón en aquel punto, como general de division, el mariscal de campo D. Gonzalo O'Farri, y simpatizando desde luego con el coronel Castaños, formóse entre ellos una amistad íntima que solo pudo

vulnerar despues la fuerte oposicion de principios que, como se dirá mas adelante, sostuvo á Castaños fiel á su deber, mientras que O'Farri sacrificaba el honor, entregando sus servicios á los enemigos de su patria. Conforme á la influencia de aquella simpatía, obraba Castaños en su órbita con la actividad y celo que le inspiraba el deber, no menos que la amistad de su jefe; y este, apreciando las ventajas y la confianza que le ofrecia Castaños, hubo de encargarle una operacion que requería no menos arrojo que prudencia. Tratábase de practicar una descubierta general sobre el camino de Sara, en que estaba acampado el enemigo, para desalojarle; O'Farri, con este objeto, dió á Castaños el mando de un cuerpo de tropas, formado por las compañías de granaderos, y otras de preferencia de varios cuerpos; y la descubierta se llevó á cabo satisfactoriamente, lográndose la toma de los campamentos de Sara el 1.º de mayo de 1793, no menos que la de Banca el 2 y 3 de junio siguiente, y la del castillo de Piñon el 6 del mismo.

El 23, y en una de las diferentes acciones que tuvieron lugar en Orán, dió Castaños una de esas pruebas extraordinarias de valor, que si en los trances mas críticos bastan á evitar los mayores peligros, han menester fundarse en una serenidad absoluta, tan imposible de alcanzar, cuando, como sucedia en la situacion de que hablamos, se trata de vida ó muerte. Castaños se vió, pues, inopinadamente, en el calor de la refriega, abandonado y solo en medio de los enemigos: un soldado de la república le habia herido de un balazo; y como si este golpe fuera la señal de la arremetida, preparáronse y estaban á punto de desahogar sobre él centenares de armas mortíferas. — ¡Deteneos! exclamó Castaños en francés, con voz de trueno, adelantando el brazo y presentando sus galones: ¡Respetad á un coronel! Esto bastó: las ideas de subordinacion y respeto aglomeráronse en tropel á la mente de aquellos cien cabezas, que no se daban cuenta de si era un jefe ó un enemigo el que con tal fuerza les hablaba. Algunos instantes de reflexion hubieran bastado sin duda para destruir el encanto; pero los granaderos de Africa, que habian visto desaparecer á su coronel, corren sobre los franceses, atacáronlos furiosamente á la bayoneta; trábáse de parte á parte un combate al arma blanca, y cejando al fin los enemigos ante el desesperado arrojo de nuestros bravos, huyen desparavidos, y con la pérdida por nuestra parte del teniente D. Manuel Aysa y de algunos granaderos, Castaños queda salvado milagrosamente. Este hecho, cuya noticia acondujo por todo el ejército, y que fué admirado aun mas que si hubiera sido el triunfo de una batalla, acreditó al denodado coronel de Africa y contribuyó no poco á que le fuese conferido el grado de brigadier con fecha 1.º de octubre.

El general Caro, que lo era en jefe de las tropas, honraba siempre á Castaños con su afecto; y habiéndole elegido á este como uno de los comandantes de avanzadas y descubiertas en Irún, se halló en las diferentes acciones que ocurrieron en las alturas de Endaya para desalojar á los enemigos y colocar en ellas nuestras avanzadas. Nombrado tambien para mandar los reductos de Vera, y hallándose en la altura de San Marcial, defendiendo el reducto núm. 8, atacado por numerosas fuerzas enemigas, fué mortalmente herido de una bala de fusil, que le atravesó la cabeza, entrando bajo la parte inferior de la oreja derecha y saliendo por la superior de la izquierda. Aquella catástrofe desalentó á las tropas, que en medio del conflicto, no sabian si atender á la defensa del reducto ó al cuidado de su jefe: esta idea prevaleció sobre aquella, y el reducto quedó en poder del enemigo, no sin haber comprado á gran precio de sangre la victoria.

Aquí suspendemos de propósito nuestra narracion, para hacer á nuestros lectores el ligero y descolorido bosquejo de un hecho que entonces admiró todo el ejército, y que tanto conmovió á sus autores los granaderos de Africa, como prueba los estrechos vínculos de afecto que siempre ligaron á aquel regimiento con su coronel el brigadier Castaños. Yacia este casi sin vida entre los brazos de los soldados; pero la esperanza aun remota de que podía recobrarla, hizo pensar en los medios de ponerle en salvo. El desenso por el reducto era impracticable, pues no habia verdad capaz de contener apenas el equilibrio de un hombre sin ayuda de las manos, cuando para bajar al herido en una camilla desde la cuspide, eran necesarios dos por lo menos, atentos á su seguridad propia como á la del ilustre jefe. Todo lo alañó, sin embargo, el amor de los granaderos. Tendidos de espaldas sobre la áspera y terrible pendiente, y formando de alto abajo, desde la altura á la falda del reducto, una fuerte columna sostenida por el mútuo apoyo de los pies, afirmados sucesivamente en los hombros de aquellos bravos, alzaron las manos para recibir y despedir sucesiva y cuidadosamente al herido, que entregado efectivamente á los robustos brazos de los primeros granaderos, colocados en la pendiente, fué deslizando poco á poco por aquel prolongado lecho humano.

Era aquel un acto capaz de arrancar lágrimas: la vida de Castaños pendia sin duda del mas ligero descuido por parte de los granaderos; una mera sacudida, una tenue oscilacion opuesta á la correlativa y uniforme serie de movimientos preparados, hubiera bastado para disparar el único soplo de vida que aun agitaba su corazón, sin que tal desgracia pudiera culpársele á los granaderos, que mas que á un hombre conducían un cadáver: ahora bien, los últimos hombres de la columna entregaron al ilustre jefe salvo, cual lo habian recibido los primeros. Fue entonces colocado en una camilla dispuesta con este objeto, y trasportado cómodamente á Hernani al seno de su familia, que era de las mas distinguidas del país.

Castaños no ha podido olvidar nunca que debe la vida á los denodados granaderos de Africa, y queriendo recompensar dignamente tan inapreciable servicio, por un acto público tan duradero como la vida que le fué conservada, vistió en todos tiempos desde entonces el uniforme de Africa, con que le vemos aun presentarse, luciendo sobre él los títulos conquistados despues de su dilatada carrera.

Seguia la guerra su curso, aunque con menos fortuna para nuestras armas: la Francia debia llevar al colmo las glorias de las suyas, sin que la Europa coligada fuese bastante á contrarrestar el empuje de sus ejércitos: Castaños no podia oír sin sentimiento los triunfos ó las pérdidas de las tropas, porque no participaba de sus fatigas, y estuvo muchas veces á punto de romper la valla que las prudentes consideraciones de su salud formaban delante de sus belicosos impulsos; pero la permanencia de su regimiento en la guarnicion de Pamplona calmaba sus deseos, en tanto que el recobro de su salud marchaba á un término benéfico. Pero inesperadamente se trató de llevar al regimiento de Africa á cooperar al triunfo de una accion de grave compromiso, que debia trabarse á las inmediaciones de la plaza: Castaños no pudo contenerse, y aun vendadas las heridas, y ar-

(1) Su hermano, á quien hemos citado, habíale hecho servir de antemano en las oficinas del cuerpo, donde desempeñó las veces de simple escribiente, penetrándose de este modo de la marcha de los negocios: esto proporcionó á Castaños grandes ventajas al ser nombrado sargento mayor, pues á pesar de sus pocos años, no tuvo necesidad de ceder á ajena ayuda para el manejo de la oficina; ni en su tiempo fué posible introducir en ella los abusos consiguientes á la poca instrucion del jefe.



rostrando el grave peligro de una recaída, que a haber sucedido, le hubiera vuelto a colocar a las puertas de la muerte, montó a caballo, y se empeñó en cubrir su puesto, a la cabeza del regimiento. En vano trató de persuadirle el general de la imprudencia de aquel paso: ni sus amonestaciones, ni las de los jefes y subalternos, ni los ruegos de su familia, ni las respetuosas demostraciones de los soldados, fueron bastantes a disuadirle de su propósito. Su presencia en la acción, que inspiraba a aquellos bravos un arrojo y confianza sin límites, contribuyó en gran parte a la favorable decisión de la pelea, alcanzada por nuestras tropas después de la mas obstinada resistencia por parte de los enemigos.

Aquella prueba fué la última señal de su restablecimiento; y consagrado de nuevo a los afanes de la guerra, vió empezarse para él una década honrosa, en cuya gloria alternó con el entonces brigadier marqués de la Romana. El general Caro había dispuesto formar de compañías de preferencia dos columnas, que debían operar de consuno, pero con independencia del ejército: el mando de la una fué encargado a la Romana; el de la otra fué conferido al brigadier Castaños. El pensamiento dominante en la formación de estas columnas, estribaba esencialmente en una armonía y confianza absoluta entre el general y los jefes, destinadas a causar al enemigo inesperados descalabros, y a comprometerle en operaciones de que había de aprovecharse el ejército para adquirir ventajas; preciso era que obrasen de concierto y con la reserva y rapidez sencilla de la voluntad general. Dificil hubiera sido reunir en medio de las anagarras de una guerra, tres hombres mas identificados como en aquella lo estaban el general Caro y los brigadieres Castaños y la Romana; miembros que en la esencia formaban un mismo cuerpo, concurrían de consuno a la realización de las mas difíciles empresas, bastando una sola señal del jefe de los tres constituía la cabeza para que sin vacilaciones, ni dudas, ni desconfianza, las acometiesen en el acto. *Mañana* (a tal hora) *retardarla*. Estas técnicas frases, que denotaban la suma confianza que el general tenía depositada en los dos jefes, eran para estos mas obligatorias y esproslivas que las mas enérgicas y pomposas órdenes generales del ejército; y a la hora dispuesta *avanzaban*, en efecto, al francés en una refriega tan violenta como inesperada, que nunca podía dejar de ser fatal para el enemigo, quien escarmentado en varios encuentros y cogido por el ejército en las emboscadas que ya incautamente le atraían las columnas, llegó a temerlas hasta el punto de evitar entrar con ellas en la lucha.

Lleaban el nombre de *columnas de alternación*, porque alternaban indistintamente en el servicio, apoyándose mutuamente, y participando unisonas de las fatigas y de las glorias: para ellas no había turnos ni emulaciones mal entendidas; ni las separaban un ápice de su deber esas envidias torpes que tantas veces destruyen los planes mejor dispuestos: aquella armonía extraordinaria, y de que tan pocos ejemplos encontramos en la historia, era la mejor garantía de los triunfos que se sucedieron a la formación de aquellos cuerpos provisionales; y tal vez por ella, al menos en gran parte, se vieron imposibilitados los franceses de salvar, como deseaban, la poderosa valla de Pamplona que pudieran franquearles el paso hasta Madrid.

Tan solo puede producir estos resultados la concurrencia de genios especiales: Castaños tuvo siempre en su favor un admirable tacto social, que le condujo fácil y directamente por el camino de los corazones, en donde, sin esfuerzo, supo captarse simpatías; la oportunidad de los hechos, y aun tambien la de las frases, estrechan los límites y provocan la atracción simpática de los sentimientos; y Castaños, que dominaba por la oportunidad de la acción y la palabra, poseía esos medios a cuya influencia es difícil resistir: solo así puede concebirse esa feliz atracción en que se conservaron ambas columnas; como el cariño que le profesaba el regimiento, sus rápidos ascensos en la milicia, y por último, la consideración con que siempre fué distinguido por los generales bajo cuyas órdenes sirvió.

A poco tiempo fué sustituido en el mando el general Caro por el conde de Colomera: tambien este manifestó a Castaños desde luego una atención y deferencia que acaban de justificar nuestros asertos, acerca del carácter del distinguido coronel de Africa. Corría a la sazón el crudo invierno de 1794, y destinado Castaños al mando de una brigada acantonada en los Alhudes, al frente de las posiciones enemigas, cuyo jefe era el general Arispe, veíase precisado a operar en nieve, así como lo hacían las otras fuerzas; pero sin que ninguno de los contendientes pudiese alcanzar ventaja en aquel estado de la atmósfera y del terreno. Castaños promovió una prudente suspensión, que fué acogida con entusiasmo por unas y otras fuerzas, las cuales cesaron de emplearse en vanos sacrificios.

La guerra se estendió todavía hasta parte del año 95, siguiendo Castaños la suerte adversa de nuestras armas: la república consolidada entretanto su gobierno, a despecho de la Europa. Triste había llegado a ser nuestra situación con la pérdida de Bellegarde, plaza fuerte que nuestras tropas habían sabido conservar aun en la Francia, cuando el resto de los enemigos de la república habían sido ya desalojados; la última planta enemiga que pisó el suelo francés fué la española; y al menos recogimos ese lauro en medio de la declarada derrota en que puso la Francia a las huestes coligadas. Pero arrollado ya aquel dique que tan poderoso freno había sido del adelanto de los enemigos por el territorio español, hubo de hacer todo el ejército la famosa retirada de Irun, en que tambien cupo su parte al brigadier Castaños. La paz de Basilea, firmada entre España y Francia el 22 de julio de 1795, correspondió, pues, al temor de ver salvado el Ebro por los enemigos, y frustradas las esperanzas concebidas al emprender aquella guerra. Las tropas volvieron a sus pacíficas posiciones, con el profundo sentimiento de haber concurrido a un hecho de que solo un favorito había podido sacar partido, adormándose con los títulos de pacificador, mientras que a ellos solo les quedaba, como trofeo, el recuerdo de las derrotas.

Castaños había ya dejado de ser, para entonces, coronel del regimiento de Africa, pues como premio de sus dilatados servicios prestados en aquella guerra, habiase hecho acreedor al inmediato ascenso, siendo en efecto promovido a mariscal de campo el 9 de febrero de 1795. En el mismo año fué destinado de cuartel a Madrid, donde permaneció hasta el de 1799.

La política dominante había empujado a la España en una nueva guerra con los ingleses, cuando apenas empezaba a reponerse de los últimos descalabros. El gabinete de San James, que en medio de su enemistad con la Francia, buscaba afanosamente nuestra alianza para contrarrestar poderosamente los bríos adquiridos por aquella república, no pudo ver sin grave disgusto la decidida predisposición neutral, en cuyo pie trataba de fundarse la marcha de nuestros negocios, y que mas bien significaba una dañosa alianza con el mismo gobierno, a quien habíamos ratado en 93. La Inglaterra hubo de provocar con algunas violaciones la declaración de guerra hecha por el gobierno español en octubre de 1796; declaración que siguiendo al tratado de San Ildefonso con la Francia, del mes de agosto anterior, en que se renovaba el famoso *punto de familia*, de triste recuerdo para nosotros, guardaba correspondencia con la fatal política de amistad que tan cara hubo de sernos mas adelante.

Estaba formándose una poderosa división, destinada a embarcarse para la Jamaica, Martinica y demás posesiones inglesas, a las que se trataba de atacar para distraer a los puntos mas estrechos las fuerzas del enemigo: Castaños fué llamado de Badajoz, donde se encontraba el año 1800, para ponerse al frente de esta división y conducirla por los mares a aquellas lejanas tierras, y en efecto partió a Galicia con este ánimo, donde se estaba organizando la división del que hablamos.

Pero sabedores los ingleses de tan atrevido plan, y tratando de destruirlo en flor, dirigieron sobre aquella parte de nuestra Península una poderosa armada, que comprometió a la división de Castaños en la defensa de sus costas; trabajo árduo que requería suma

actividad en los movimientos de nuestras tropas, atrevidas de uno en otro instante a los apurados y escazosos estremos del país. Los ingleses, hasta el número de 15,000 hombres, lograron hacer por fin un desembarco, por el mes de agosto del mismo año de 1800, en la playa de Doñinos, cerca del Ferrol, en tanto que diez navios, cuatro de ellos de tres puentes, siete fragatas, siete balandras, una escuadrilla numerosa y otros buques de transporte cubrían aquellas aguas. El ánimo de los ingleses era, no solo apoderarse del Ferrol y arruinar tal vez aquel hermoso astillero, sino invadir nuestro territorio, cuando imposibilitada la Hacienda de hacer los sacrificios necesarios en el estado deplorable que había alcanzado, por virtud de los errores con que los ministros de aquel tiempo, pretendiendo levantar nuestro crédito, acabaron de arruinarlo, no podía sostener en campaña arriba de la mitad del cupo del ejército, que se hallaba por lo tanto reducido a esta mitad. Sin embargo, *dos dias y dos batallas*, como dice un historiador contemporáneo, *bastaron para convertir en humo la invasión británica*; y después de haberse hecho en los ingleses una gran matanza, corrieron a reembarcarse, con desdoro suyo, en la noche del 26 al 27 de dicho mes de agosto, inutilizados los enormes gastos que aquella atrevida empresa les había ocasionado.

El éxito de la heroica defensa del Ferrol, no menos que al esfuerzo y prudencia del comandante de aquel departamento de marina D. Francisco Melgarejo, y al de D. Javier Negrete, comandante general del reino de Galicia, se debió a los campos volantes que protegían aquellas costas, en cuya gloria cupo gran parte al mariscal de campo D. Francisco Javier Castaños.

Terminada la guerra por la paz de Amiens, quedó disuelta la división que debía haber marchado a través de los mares; y los servicios prestados por Castaños en aquella guerra contribuyeron eficazmente en su favor, para que al verificarse el desposorio del príncipe de Asturias, después D. Fernando VII, fuese comprendido en el número de los agraciados por la munificencia soberana; siendo en consecuencia promovido a teniente general el 5 de octubre de 1802.

Llevado en su carrera a tan considerable altura, Castaños fué nombrado comandante general del campo de Gibraltar, destino que por su correspondencia con la nación inglesa, dueña de aquella nuestra antigua plaza, há menester desempeñarse por un jefe a quien no solo distinguen los títulos militares, sino los de la política y buenas dotes sociales. Castaños se captó desde luego la consideración y el afecto de sus subordinados y el de las autoridades inglesas, quienes, por otra parte, a virtud de la última paz establecida, redoblaban sus atenciones cerca de las autoridades españolas, ganosas de asegurar nuestra alianza por todos los medios posibles. Castaños, tanto por esta feliz predisposición de los ingleses, como por su educación distinguida y su fin tacto social, correspondió dignamente a las distinciones con que hubo de honrarle el mismo gobernador de la plaza, duque de Ken, padre de la actual soberana de Inglaterra.

Entre las numerosas pruebas de deferencia a que Castaños se hizo acreedor cerca de tan ilustre y elevado personaje, conocemos una, que por expresar a un tiempo mismo el prestigio alcanzado por el comandante general del Campo, y la fina oportunidad de sus chistes, estamos en el deber de consignarla en nuestras páginas. El duque de Ken tuvo la galantería de invitar a Castaños a que, como general, revisase las tropas de la guarnición: Castaños aceptó desde luego el convite, y concurriendo a caballo, vestido de gala, a la plaza de Gibraltar, revisó efectivamente aquellos regimientos, uno de los cuales estaba mandado por el príncipe, como simple coronel. *General*, le dijo el duque, *aquí mandais como si estuviérais en medio de vuestro ejército: disponed, pues, de estos batallones*.—*Está bien*, contestó Castaños con gravedad fingida: *podian desfilas todos por la puerta de tierra para que mis soldados entrasen a tomar posesion de la plaza*. Aquella inesperada y oportuna respuesta provocó la hilaridad del príncipe y de los jefes; y trascendiendo al punto por la población, fué aplaudida justamente. El general revisó las tropas; mandólas verificar algunas evoluciones, y después concurrió al festin que el duque de Ken había dispuesto para obsequiarle. Castaños, por su parte, correspondió a los favores que le eran dispensados, presentando igualmente en la línea las fuerzas de su mando, para que las revistas el príncipe, como lo hizo; coronado esta galantería con otro festin que ofreció al duque de Ken y a todos los jefes principales de la guarnición de Gibraltar, y que tuvo lugar en el sitio llamado Puente Mallorqu.

Tal era de ventajoso el estado de las relaciones de Castaños con los ingleses, al estallar nuevamente en el mes de octubre de 1804 nuestra guerra con aquella nación, relaciones que no se enfriaron por la nueva lucha que se emprendió nuevamente en la Inglaterra, y que sin perjuicio de los deberes de ambas partes, sirvieron de mucho en ocasiones difíciles para favorecer a nuestro ejército.

No debemos pasar en silencio el gran servicio prestado por el general Castaños en favor de los desgraciados españoles que salvando la vida en la batalla de Trafalgar, quedaron prisioneros de los ingleses; en efecto, aprovechándose siempre de sus amistosas y particulares relaciones con las autoridades de la plaza, relaciones sostenidas tambien por el interés muto que al ejército de Castaños producian aun en el estado de guerra los bastimentos de Gibraltar, y a los ingleses las legumbres, aves y leches del campo, trató, y logró efectivamente, rescatar a aquellos desgraciados, que libres de las prisiones en que iban a verse sumidos, tuvieron franco el país natal para consuelo de sus desventuradas familias, que ya los habían llorado como perdidos para siempre. Este acto de generosidad por parte de la Inglaterra en favor de los prisioneros que habían sido llevados a Gibraltar con los despojos del combate, y buques que nos fueron apresados, ocasionó el mayor asombro: nadie se daba cuenta de un hecho en que se traducía una piedad poco conforme al espíritu de aquella guerra; y cuando llegó a conocerse la verdadera causa de semejante fenómeno, faltaban lenguas en España para ponderar la filantropía y el celo del comandante general del campo, pues tan solo en los corazones se hallaba la verdadera expresión de los sentimientos generales. La desconfianza surgió, empero, en el ánimo de Napoleón, al llegar a saber estos sucesos; y con la suspicacia que le era habitual, comunicó sus temores al príncipe para que se asegurase de la lealtad del comportamiento de Castaños, a quien tanta deferencia demostraban los ingleses. Godoy, arrastrado siempre por los instintos del emperador, manifestó al general las desconfianzas que por su parte se le habían anunciado, si bien expresándose con las consideraciones del decoro a que era acreedor, quien con tanto celo servía a su patria; pero la contestación de Castaños fué tan espresiva como satisfactoria.

—Diga V. al emperador, respondió, que pregunte a Villeneuve por qué medios ha conseguido que Gibraltar le facilite todos los auxilios de que tuvo necesidad para reponer en Cádiz los buques de su escuadra que ha podido salvar del combale.

Castaños tenía razón: Villeneuve no hubiera obtenido aquellos recursos sin su mediación; y cuando la influencia de Castaños redundaba en beneficio de todos, no había motivo alguno para dudar de su lealtad, sino antes bien para agradecer profundamente lo que solo se debía al mérito y a las virtudes privadas del comandante general del campo de Gibraltar.

La conducta que observó Castaños en el campo de Gibraltar, considerada militarmente, es sin duda digna de elogio. Robustecer el vínculo de la disciplina con el afecto del soldado, luchando con todo género de privaciones, es un hecho plausible y difícil, y se ha considerado en todos tiempos como el privilegio del genio y el fundamento mas sólido de la gloria que alcanzan los grandes capitanes. Pero si se examina la política hábil y profunda de este general en el mismo período, la historia debe conceder un lugar distinguido a esta página de su vida.

Al ver a la España, nación heroica en sus precedentes, y ahora humillada y oprimida de miserias por

la ineptitud de sus gobernantes, al contemplar a la Europa vencida, pero convulsa, y agitados como un gigante que ha caído al suelo después de una larga lucha, y al contemplar la ambición de Bonaparte, no tendría otro límite que el de la fortuna; Castaños, dotado de un talento fino y perspicaz, temió por el porvenir de su patria, mientras los hombres que se hallaban a su frente seguían con los ojos vendados el carro triunfal del conquistador. En el caso probable de una guerra entre la Francia y la España, la Inglaterra era el aliado natural de todas las independencias vulneradas y de todos los elementos dirigidos contra el despotismo continental. De este modo Castaños, cultivando sus buenas relaciones con el gobernador de Gibraltar, sin traspasar la línea de los deberes, lograba un doble objeto muy importante; el proporcionar recursos para sus tropas, y el de estar a la vela de un gran acontecimiento. El éxito vino pronto a realizar sus vaticinios, y entonces obtuvo Castaños el aplauso de aquellos que acostumbraban juzgar a los hombres por las consecuencias de su conducta. Pero no precipitemos la marcha de esta biografía. Acabamos de recorrer el primer período en la vida del general Castaños. En él mostró amor al trabajo, celo por la disciplina, un valor intrepido, prudencia y sagacidad, las dos mejores dotes de mando, y un tacto esquisito para manejar los resortes mas delicados del corazón humano. Quizás los hechos que vamos a referir nos deslumbraren de pronto y nos hagan apartar la vista del hombre para no contemplar mas que su gloria; pero en la historia todo tiene una consistencia lógica, y por poco que penetre en ella el criterio, hallará en las cualidades útiles, sencillas y características de un sugeto la clave de sus hechos mas esplendentes.

## SEGUNDA EPOCA.

## Sus servicios en la guerra de la independencia.

Al principio del año de 1808, la Francia había alcanzado el último grado de su esplendor y poderío. La Austria, primer campeón de aquella guerra, abatida en Marengo, y mas adelante humillada en Hohenlinden, había aceptado en Presburgo una paz vergonzosa; la Prusia, que había desde muy temprano arrojado en medio del combate los soldados del Gran Federico, quedaba postrada en Jena, perdiendo la flor de sus tropas y la integridad de su territorio; la Rusia, pueblo el mas nuevo de Europa, y entonces en su fermentación política, retiraba de la campaña a sus intrepidos soldados, después de haberlos visto perecer a millares en Pres-Eylau; la Inglaterra misma, devorada por su inmensa deuda, y amenazada en su principal elemento de vida, revolvió inquieta los ojos buscando en vano sobre la superficie del continente un campo de batalla donde probar, acaso por última vez, la inconstancia de la fortuna.

En el estado de la civilización de la Europa, era tan inverosímil como cierta la potestad súbita y gigantesca erigida en el seno de la Francia: los cálculos mas finos en diplomacia habían resultado fallidos; los ánimos mas resueltos estaban consternados; todas las naciones, situadas desde las márgenes del Rin hasta el nacimiento del Volga, temblaban ante la espada del conquistador. ¿Quién podía prever entonces que la España, pobre, enflaquecida, con todos los resortes de su administración gastados, relajados casi todas las fibras de su constitución, rendida al galope de las calamidades, originadas de una guerra impolitica, sin marina, casi sin ejército, sin ningún principio vigoroso en la región del gobierno, se había de debelar contra aquel poder incontestable y romper el lazo de hierro que oprimía el corazón de la Europa? Ciertamente, este hecho estaba fuera de todas las probabilidades, y en su magnitud solo puede asemejarse a la perfidia que se empleó en sojuzgar a la nación que ha combatido con mas entereza y constancia las grandes dominaciones que en diferentes épocas afligieron al mundo.

Es preciso ser español y haber vivido en la época a que nos referimos, para sentir las violentas palpitaciones de aquella sociedad, y comprender ese arranque generoso que impulsaba a las personas de todas clases, sexos y condiciones hacia un mismo centro de acción y de esperanza. La historia, en la larga escala de los siglos, no presenta un suceso comparable a este movimiento tan simultáneo y tan nacional. Años antes, la Francia había hecho esfuerzos heroicos para defender su independencia; pero empujada por la mano sangrienta de la tiranía popular, la España, levantándose como un solo cuerpo la mayor potestad que se conocía entonces, sin tener otro resorte que el sentimiento de su propia dignidad, era mucho mas heroica todavía.

Para el estadista que destruye bajo el poder de un guarismo las mas ricas ilusiones del corazón humano, la insurrección gloriosa pero desorganizada de un pueblo debía disiparse pronto; para el filósofo que conoce los tesoros de valor y constancia que encierra un país, herido en sus mas caras afecciones, y para el hombre leal que siente arder en sus venas el fuego del amor patrio, el levantamiento de España debía decidir de la suerte de la Europa.

El general Castaños participaba de este sentimiento, y lo probó noblemente con su conducta. Antes de que se alzaran las provincias, pero cuando ya era para pocos un misterio la perfidia de los franceses, Castaños, temiendo por la suerte del ejército que le estaba confiado, y por la conservación de Andalucía, quiso asegurar una y otra, entablándose negociaciones con el gobernador del Gibraltar sir Hew-Darrrimpe.

Manifestó el inglés hallarse autorizado por su gobierno para ofrecer al general español tropas, víveres y dinero, en el caso verosímil de que las circunstancias obligaran al monarca Fernando VII a separarse de su alianza con el emperador. Sobre esta última base giraron las negociaciones, mediando en ella D. Manuel Vela, vecino de Gibraltar. Por fin, después de conciliar los intereses mas capitales, y de adoptar las medidas mas adecuadas y útiles, ajustaron Castaños y Darrrimpe un tratado, cuyas principales cláusulas fueron las siguientes:

- 1.º Que el general Castaños podría contar, en el momento que lo creyese necesario, con diez mil ingleses, quedando solamente en Gibraltar la guarnición regular.
- 2.º Que podía contar tambien con las tropas inglesas y de Sicilia, las cuales vendrían al primer aviso, y con la oportunidad conveniente; pues tenían allí prontos al efecto, los medios de transporte necesarios.
- 3.º Que se facilitarían de Gibraltar armas y dinero, y víveres con abundancia.
- 4.º Que se hallaría siempre en la bahía una fragata pronta a darse a la vela para llevar oficiales, pliegos y demas comisiones que indicase el general Castaños, tanto para algun puerto de la costa de nuestra Península, como para América.
- 5.º Que el general Darrrimpe oficiaría al almirante Collingwood para que despachase al emperador de Austria, como se verificó a su tiempo por la vía de Trieste, el aviso de la heroica empresa en que se había comprometido la nación española.
- 6.º Y que se comunicaría un aviso igual al marqués de la Romana, disponiendo la vuelta a España del ejército que se hallaba a sus órdenes en el Norte de Europa.

El general Castaños hizo saber inmediatamente estos pactos al general La Peña, gobernador de Cádiz a la sazón, enviándole al efecto al brigadier jefe de estado mayor, D. Joaquín Navarro, de quien dejamos hecho mérito; y presentándose este jefe en aquella plaza el día 29 de mayo, se decidió que ambos generales se comunicaran mutuamente sus disposiciones, y cualesquiera sucesos relativos al objeto, en tanto que, conforme a las tomadas por Castaños, se reunía en Ronda, bajo otro pretexto cualquiera, una división de seis mil hombres de tropas del campo de Gibraltar, con diez piezas de artillería de batalla para salir al encuentro de los franceses y contenerles en su invasión de las Andalucías.

Producto de estas disposiciones fué la ejecución de la idea enunciada por Castaños de que pasase sobre las costas de Cádiz la escuadra del almirante Pulvis, con sus tropas de desembarco del general Spencer, a

fin de que saltasen en tierra en el momento en que Sevilla pidiese su auxilio contra las divisiones francesas, puestas ya en marcha para Andalucía. Cádiz entró en desconfianza al ver la escuadra inglesa que parecía dedicarse al examen de los mejores puntos de desembarco; así fué que el marqués del Socorro, que para entonces había tomado el mando de aquella plaza, hubo de noticiar a Castaños esta novedad; Castaños le dio las seguridades convenientes, manifestándole que si el desembarco se verificaba nada tenía que temer, puesto que los ingleses no llevaban ideas hostiles.

Obrando Castaños en consonancia con este acuerdo, tomó las medidas mas conducentes para resistir la invasión francesa. Buen patriota y militar pundonoroso y firme, Castaños quiso hacer ostensible su fidelidad a Fernando VII, mandando que el 30 de mayo, día de San Fernando, se solemnizasen los del monarca cautivo con las salvas de artillería, disparadas por las baterías de la plaza de Gibraltar y las de los buques que había anclados en aquel puerto.

La adhesión franca y espontánea de Castaños a la causa nacional ejercía una influencia próspera e inmediata sobre la marcha de las provincias andaluzas.

Alertada la junta de Sevilla con su cooperación, declaró el día 6 de junio solemnemente la guerra al emperador de los franceses, en tanto que Jaén, Córdoba y Cádiz, y aun la populosa Granada, se preparaban por su parte a defender briosamente su independencia, y restablecer sobre las sienes de Fernando VII la corona desbordada en la frente de un usurpador. Mostráronse los andaluces solícitos y presurosos por acudir a la defensa de estos caros objetos; presentábase a las juntas multitud de hombres de todas clases, ofreciéndolas el sacrificio de sus vidas y fortunas, renunciando unos a los bulliciosos placeres de la juventud, y dejando otros a sus familias huérfanas y acometidas por la miseria, sin pensar aquellos y estos, inflamado el pecho por el amor a la patria, mas que en derramar su sangre, a trueque de causar daño a los orgullosos imperiales. Fácil es concebir la influencia poderosa que ejerció sobre un movimiento popular una fuerza organizada; el cuerpo de ejército que mandaba el general Castaños fué realmente el núcleo y base sobre que se fundó el sistema de defensa adoptado en Andalucía. Había aquel general en los primeros dias de junio movido sus tropas en la dirección de la Sierra de Ronda, resuelto a plantear una defensiva fuerte al ataque de esos celosos posiciones; pero encontrándose el 5 en San Roque, recibió la noticia tan honrosa como lisonjera de haber sido nombrado por la junta de Sevilla jefe superior del ejército de Andalucía. Al propio tiempo le agregó aquella corporación a su seno, mandándole que acudiera a Sevilla para someterle el plan de la próxima campaña. Castaños, acatando esta orden, varió de dirección, marchando con sus tropas a aquella ciudad, en tanto que los franceses asomaban por las asperas gargantas de Sierra-Morena, encaminándose con paso rápido hacia el corazón del Mediodía. Mandaba a los imperiales Dupont, general hábil y experimentado en cien combates, que había adquirido brillantes laureles en Halle y Frieiland.

Consistían sus fuerzas en la división Barbout, de infantería, en la de caballería del general Fresiac, en un batallón de marinos de la guardia, soldados endurecidos en las fatigas de mar y tierra; en ochocientos hombres de artillería e ingenieros y dos regimientos suizos, fuertados de Preux y Reding al servicio de España, fuertados de dos mil cuatrocientas plazas, formando estos diferentes cuerpos un total de once mil infantes y dos mil cuatrocientos caballos. Las divisiones Vidal y Frere, sujetas ambas al mando en jefe de Dupont, se escalonaron en Toledo y Aranjuez, cubriendo la retaguardia de este general y conservando sus comunicaciones con Madrid. Contaba tambien con recoger a su paso tres regimientos suizos acantonados a la sazón en Tarragona, Cartagena y Málaga, y que debían, siguiendo un movimiento simultáneo, dirigirse a Granada para incorporarse a las tropas francesas. Debían ademas reunirse tres o cuatro mil soldados que operaban en las lindes portuguesas, bajo las órdenes del general D. Oubril, mientras el mariscal Moncey, a la cabeza de un cuerpo de ejército respetable, penetrando en el seno de la Península, verificaba una diversion poderosa por el lado de Valencia.

Bonaparte, que no podía presumir la actitud enérgica que había tomado la nación española, postrada bajo el peso de tantas calamidades y desastres, impulsó a Dupont un plan singularmente difícil. Debía este general lanzarse al fondo del Mediodía; recorrer los vastos y fértiles territorios de Córdoba y Sevilla; adelantarse hasta las márgenes del Mediterráneo; hacerse dueño de Cádiz, y libertando a la escuadra francesa, que bajo las órdenes del almirante Rosilly estaba anclada en este puerto, darse después la mano con Moncey, comprimiendo con una marcha militar atrevida, rápida y concéntrica, el violento estallido de nuestra independencia en todo el Septentrión del reino. Por mas que un cálculo sencillo y obvio presentara los grandes peligros de arrojar en flecha una ó dos divisiones, sobre un país rico en hombres, en recursos y en patriotismo, separado de Madrid por una gigantesca cordillera, y rodeado por un mar accesible a los ingleses, desde que se empezase nuestra guerra con el moderno imperio; por mas que existieran en Andalucía los dos grandes núcleos de nuestra organización militar, consistentes en los cuerpos de ejército del campo de San Roque y Cádiz; por mas que algunas de nuestras plazas marítimas fuesen susceptibles de una defensa brillante y porfiada, Napoleón se obstinó en su propósito, queriendo, como en otras muchas ocasiones, hacer prevalecer sus deseos sobre las grandes reglas del arte y de la prudencia humana. ¡Error grave, debido a ese hombre que recibió el título de grande de manos de la fortuna! Si reconociendo este hecho y otros parecidos, la posteridad libre de nuestras pasiones, se acerca un día a su tumba, acaso arrancará mas de una hoja a su corona de conquistador, y no se atreverá a concederle ese brillante géneo político que oscureció con una ambición utópica, y al fin desastrosa. Pero volvamos a tomar el hilo en los sucesos de Andalucía.

Dupont admitió la arriesgada misión que le encargó Bonaparte, con todo el entusiasmo de un soldado ardiente, intrepido y desvanecido por la victoria: juzgaba que todos los obstáculos caerían ante el poder de sus armas, y que nadie se atrevería a hacer frente a aquellas legiones que bajo sus órdenes habían triunfado en las márgenes del Níncio, del Vistula y del Oder. Para dominar la bella y poética Andalucía, el belicoso ardor de sus hijos, la influencia de sus grandes tradiciones y sus numerosos recursos materiales, solo tendría que hacer un *paseo conquistador* (1) y recibir después, dentro del recinto de Cádiz, el baston de mariscal del imperio.

Sus primeras operaciones fueron fáciles y propias a lisonjear este pensamiento atrevido. Dupont salió de Madrid el día 23 de mayo, atravesó la Mancha sin dificultad alguna, y llegó el 2 de junio ante la formidable garganta de Despeñaperros. Esperaba el francés abrir este paso con la punta de su espada ó francos que no existían obstáculos capaces de detener su marcha. La junta de Córdoba, ora por olvido, ora, y es lo mas probable, por falta de tiempo y recursos, no había llegado a guarnecer este punto importante, y dejaba a merced de los imperiales ese formidable desfiladero que, a manera de colosal escudo, ha puesto la Providencia para defensa de la Andalucía.

A pesar de la facilidad con que penetró Dupont en Sierra-Morena, empezó a comprender que el espíritu de la provincia le iba siendo hostil mas de día en día, pues los habitantes de la Carolina huyeron a su aproximación, dejando sus casas y enseres abandonados a la rapacidad de los invasores. Impelido por estos indicios, aceleró el francés su paso, penetrando el día

(1) Dupont empleaba esta frase para denotar la poca importancia que daba a la campaña de Andalucía. Napoleón, que le había colmado de distinciones por sus brillantes hechos de armas, le habia prometido conferirle el grado de mariscal tan luego como entrase en Cádiz. Tanto el emperador como el general, reputaban esto muy asequible y obra de bien pocos dias.

3 en Bailen y el 4 en Andújar. Aquí las sospechas y recelos tomaron cuerpo y consistencia, convirtiéndose al cabo en una realidad imponente. Supo Dupont que Sevilla, Córdoba, Jaén, Granada y Cádiz se habían levantado, apelando a guerra contra el pérfido extranjero que ultrajaba la nobleza de nuestro carácter nacional; que de todas partes se all-gaban a los puntos céntricos, hombres, armas y vituallas; que en las cabanas, medio ocultas entre las nieves de las Alpujarras, como las fértiles llanuras que riegan las aguas del Genil, en las floridas márgenes del Guadalquivir, y en el fondo de las grandes poblaciones, resonaban igualmente canciones marciales y gritos de execración contra los imperiales; que los regimientos suizos de Tarragona, Cartagena y Málaga se habían adherido a la causa española; que Portugal y Estremadura, donde había brotado tambien la guerra, impedirían el paso al refuerzo de D'Oubril, y que la llama de la revolución, estendiéndose, podía llegar a envolverle, cerrándole el camino de la capital. Pero el presuntuoso Dupont no se arredró con estas noticias: así, que al decir de un escritor francés con «temporáneo (1) había encontrado tantas veces a los «ejércitos austriacos, prusianos y rusos, y los había «batido siempre, a pesar de la desproporcion de sus «tropas, no podía atemorizarse ante las fuerzas eclesásticas que iban a combatirle.» Sin embargo, creyendo amenazada su retaguardia, escribió a Madrid, pidiendo que se le aproximaran las divisiones Vedel y Pre-re, a fin de poder basar sobre cimiento mas sólido sus operaciones sucesivas.

La posición de Dupont en Andújar era ya muy árdua y delicada. Permaneciendo en este punto perdía la ofensiva, y con ella la fuerza moral, fuerza primera e inapreciable en una guerra como esta, en que las armas eran solo auxiliares de una opinion omnipotente, y se esponsia a ver consumirse sus tropas en la inacción y la miseria, bloqueadas por los españoles. Marchando adelante, se destacaba cada vez mas de toda base sólida de operaciones, se alejaba de sus refuerzos, y se encontraba aislado en el fondo de un país decididamente adverso. En la alternativa, optó el general francés por el último partido, y prosiguiendo su marcha, llegó el día 5 a Aldea del Rio, el 6 al Carpio, y el 7, encerrando sus pasos hacia el Guadalquivir, se encontró al rayar el alba cerca del puente de Alcolea. Trataron de disputar este paso algunos millares de españoles, gente colecticia la mas, nuevos en la vida práctica de las armas, y que en alas de su entusiasmo habían volado al sitio del peligro, acudidos por D. Agustín Echevarri. Acometieron los franceses las obras avanzadas y la cabeza del puente con su impetuosa ordinaria; hicieron firme rostro algunos cuerpos de linea española; mas los paisanos seajaron pronto, y no siendo posible mantener la posesión sin su auxilio, se emprendió la retirada hacia Sevilla, con orden y concierto admirable en tropas tan noveles. Los imperiales, enorgullecidos con su fácil triunfo, y mas codiciosos de botín que de gloria, marcharon aceleradamente hacia la indefensa y opulenta Córdoba, a la joya de los califas y la delicia de los árabes.

Bajo el pretexto indigno de que se habían disparado algunos tiros desde las casas, estos extranjeros feroces, hijos de una nación civilizada y que decían haber venido para operar nuestra regeneración política, penetraron a viva fuerza en la ciudad, y cometieron actos de crueldad y barbarie, de que solo se hubiese creído susceptible a una tribu de tártaros, acudida por Timur Beck. Soldados ébrios de furor y de vino, entraron, hiriendo y atropellando a cuantas personas encontraban al paso, y mostrándose tan colosios como los cruces, saquearon las casas particulares y los establecimientos públicos, sin respetar el sagrado de los templos, ni el humilde albergue en que el pobre tenía los precarios frutos de su trabajo. Para completar este cuadro desolador y terrible, el general francés exigió a los infelices cordobeses, bajo el título de gratificaciones al ejército, sumas muy considerables. Alertado por estos sucesos, y creyendo consternados a los españoles con la derrota de Alcolea y la toma de Córdoba, envió exploradores hasta Ecija, resuelto a seguir adelante; mas retrájole la noticia de estar organizando, cerca de Sevilla, un cuerpo de ejército imponente, capaz de ceñirle la espalda, y separándole para siempre de las cimas de Sierra-Morena, sumergirle en las vertientes del Guadalquivir. Era tan real este peligro, que el general francés, a pesar de su orgullosa audacia, no se atrevió a sostenerse en la aventurada posición de Córdoba, y recogiendo su gente, se replegó el 15 sobre Andújar. Tenía este punto todos los inconvenientes de la defensiva, sin mas ventaja estratégica que la de mandar en la orilla derecha del Guadalquivir; pero estaba todavía muy cerca de nuestro ejército para que este le hiciera sentir la garra del león, y se hallaba bastante separado de Despeñaperros para que la insurrección, como el brazo de un gigante, se interpusiese entre él y sus refuerzos y le dejasen por algun tiempo aislado. Fijo Dupont en Andújar, esperó aparebidos los acontecimientos, presintiendo quizás rota en parte la venda que cubría sus ojos, que un pueblo grande en su historia es invencible en las ocasiones supremas, y que el ejército español, descendiente de los héroicos tercios que combatieron en San Quintín y Cerinola, haría un gran esfuerzo para reconquistar sus antiguas y esplendentes glorias.

Mientras el ejército francés verificaba su rápido movimiento hacia el interior de Andalucía, el general Castaños redoblaba su actividad y celo, a fin de concertar y vigorizar los elementos de resistencia. Este general, hábil y profundo político, había reputado la guerra como un corolario inflexible del falso y alevé proceder de Bonaparte. Guiado por esta convicción, y queriendo como buen patriota arrojar en la balanza de la fortuna un brazo respetable del ejército, propuso al lugar-teniente del emperador, Murat, que se replegaran sobre el fondo de la Andalucía las tropas españolas, procedentes de Portugal, para imponer a los ingleses en el caso probable de que intentaran penetrar en alguno de nuestros puertos del Mediterráneo. Aunque perspicaz y astuto, cayó el francés en el lazo, y las fuerzas españolas, que pocos meses antes habían salido de sus depósitos para invadir el Portugal, refulgieron ahora sobre su punto de partida. Parte de ellas acudieron a la defensa del puente de Alcolea, donde dieron muestras de bizarría, cediendo, no tanto al número de enemigos, cuanto al desconcierto de los jefes y extraña combinación de las fuerzas regulares e irregulares.

Conociendo Castaños que la vehemencia del entusiasmo, capaz de mover los resortes mas íntimos de nuestro ser político, podía precipitar al ejército en combates inconsiderados, trató de hacerse superior a las pasiones del momento y establecer sobre base sólida la serie de sus operaciones. Esta conducta, llena de dignidad y fortaleza, influyó poderosamente en el éxito de la campaña.

El pueblo de Carmona, colocado en un estremo de la línea, no ofrecía ventaja alguna estratégica para tomar la ofensiva, ni mucho menos tenía, en caso de revés, condiciones favorables para rehacer el ejército. Decidióse, pues, a salir de este punto, dejándolo suficientemente guarnecido; y aunque los espíritus ignorantes se alarmaron, atribuyendo a debilidad un movimiento retrógrado, Castaños mantuvo su resolución, de acuerdo con el presidente Saavedra, y trasladó a Ultrera su cuartel general, dejando en Carmona 4500 veteranos bajo las órdenes del brigadier marqués de Coupigny, emigrado francés, soldado intrepido y oficial hábil y feudo en recursos. Instalóse el cuartel general en Ultrera el día 12, y principiaron a dirigirse sobre este punto los contingentes de los diversos pueblos, compuestos de jóvenes completamente extraños al terrible ejercicio de la guerra, y que acudían ahora al llamamiento de la patria, radiante el rostro de alegría y lleno el corazón de deno-

Currió a la sazón un suceso previsto, pero de mucha importancia en el porvenir de la guerra. La escuadra francesa, surta en el puerto de Cádiz bajo las órdenes del almirante Rosilly, había tratado de evadirse, ora bajo la garantía de un tratado, ora subre-

(1) Thiers.—Historia del consulado y del imperio.







penetrar las intenciones de Reding, y suponiendo que este general no se atrevería a atacar decididamente la barca de Mengibar, juzgó que el peligro real é inmediato estaba en otra parte; y que Bailen, protegido por las tropas de la Carolina, se hallaba á cubierto de un golpe de mano. El espíritu humano se deja guiar fácilmente en la dirección de sus primeras inspiraciones, y Vedel se afirmó en su pensamiento con la llegada de un ayudante de campo de Dupont, que le pedía de parte de este general, el refuerzo de un batallón ó de una brigada. La exagerada pintura que le hizo el ayudante de la situación de los franceses en Andújar, y de la aptitud energética y amenazadora que mostraban los españoles establecidos en los Visos, persuadió á Vedel de que la batalla se empuñaría en Andújar; y que Reding, después de una vana ostentación de fuerzas delante de Mengibar, se replegaría sobre las tropas de Castaños para destruir el nervio del ejército imperial. Sin evaluar las probabilidades que pudiera tener este cálculo, siempre argüía imprudencia y desacierto de parte de un general de división, el abandonar una posición segura y escelente por correr hacia un peligro eventual; mas Vedel, sin pararse en estas consideraciones, sugerido por un celo indiscreto, mandó á decir á Gobert que ocupara á Bailen con sus fuerzas; levantó el campo al anochecer del 15, y caminando toda la noche, llegó frente de Andújar cuando alboraba el día 16. Causó viva y grata satisfacción al general en jefe la presencia de su segundo, y llegó á lisonjearse con que arrojando una masa de diez y siete mil hombres sobre los quince mil españoles que guardaban los Visos, podría romperlos y desbaratarlos. La noticia del combate de Mengibar, de la muerte de Gobert y de la retirada de su división abatió estas halagüeñas esperanzas, y bajo la luz del desengaño descubrió Dupont bien á las claras toda la imprudencia de Vedel; y queriendo remediarla en parte, intimó á este general que retrocediese inmediatamente sobre Bailen, que suponía ocupado por las fuerzas de Dufour, batidas en Mengibar.

Mas esta presunción probable, no era sin embargo exacta. Dufour al entrar en Bailen en la noche del 16, recibió la noticia de que cuerpos respetables ocupaban el camino de Baeza y Ubeda á Guarroman, y amenazaban cerrar sobre sus espaldas la entrada de los desfiladeros. Estos cuerpos respetables no eran mas que los voluntarios de Valdecañas hábilmente apostados en el camino de Baeza, para causar ilusión á los franceses. Alarmado Dufour con estas nuevas, sin profundizar demasiado en su origen, y temiendo que el ala derecha de los franceses fuese envuelta, parte de Bailen en la misma noche del 16, y se dirige celeradamente para situarse en el fondo de las gargantas.

Vedel, que siguiendo las instrucciones de su general en jefe, había salido de Andújar en la noche del 16, llega á Bailen en la mañana del 17, y aun le sorprende al pronto ver abandonado este punto cardinal, considera al fin como muy justa la rápida determinación de Dufour; el mismo vacila sobre el partido que debe tomar pero Reding se ha replegado sobre Mengibar después de su victoria: los reconocimientos que practican los franceses delante de Bailen no revelan la presencia de su enemigo, y Vedel se convence al fin de que los españoles maniobrando con tanta habilidad como prontitud, se han lanzado desde Mengibar sobre el camino de Baeza, Linares y Guarroman, y cñen con sus columnas las retaguardias del ejército francés. En armonía con esta convicción, Vedel recoge todas sus fuerzas y sigue los pasos de Dufour el mismo día 17.

En tanto que Dufour y Vedel se lanzaban á las gargantas de Sierra Morena en pos de un ejército imaginario; mientras Reding y Cougny tomaban posiciones delante de Bailen, á la derecha é izquierda del camino real de Sevilla para precipitarse sobre la retaguardia de Dupont, ocurrieron del lado de Andújar sucesos bien trascendentales. Había trascurrido el día 16, sosteniendo de una y otra parte un vivo cañoneo: la división de reserva practicó un movimiento por su derecha, á fin de prolongarse y ocupar una altura inmediata; y aunque esta operación hubo de verificarse acomodándose al aspecto de las localidades, bajo el fuego enemigo, nuestros novales soldados le afrontaron con impavidez, y ni una sola hilera se desordenó en la marcha. El 17 se trabaron varias escaramuzas en las guerrillas y descubiertas; cambiáronse entre ambos campos algunos disparos de artillería, y las divisiones tercera y de reserva se prepararon de modo que pudieran estender mas y mas sus alas por la derecha de la línea.

Dupont incierto, receloso, sintiendo á su alrededor una nube de enemigos, y no comprendiendo aun dónde existía el peligro real, observó la marcha trasversal de la cuarta división, y mandó practicar un fuerte reconocimiento sobre el frente de los españoles. Un regimiento de dragones se precipita á toda brida por el frente de Andújar, y aunque nuestras tropas le reciben con un fuego muy vivo de fusilería, el coronel de aquel cuerpo se cerciora de que los españoles insisten sobre su derecha, y comunica la noticia al general en jefe francés. Comprende este entonces que el pensamiento de Castaños es el de presentar la batalla por el lado de Bailen, y forma el proyecto de abandonar á Andújar y adelantarse sobre Bailen á paso de gigante. Empezando este movimiento el día 17 podía Dupont haber alterado la fisonomía de la campaña, porque ocupaba á Bailen antes que Reding. Pero las tropas imperiales, debilitadas por la penuria y los rigores del clima, habían perdido algo de su movilidad; causaban grande embarazo al general francés sus muchos enfermos y sus numerosos bagajes, y pre-ocupábale demasiado la masa de españoles que tenía delante de si en los Visos. Influieron estas consideraciones para que no emprendiese su retirada hasta la noche del 18. Quería á todo trance ocultar su movimiento al general Castaños y precederle cuatro leguas.

Para lograrlo dispuso que la brigada Chabert, situada detrás y á la derecha del puente, diera silenciosamente la vuelta á Andújar y se colocara á la cabeza de la columna. Un batallón suizo francés y un escuadron de coraceros se incorporaron á este cuerpo y elevaron su fuerza á dos mil ochocientos hombres, provistos de seis piezas de artillería. Marchaban en el centro los bagajes, cubriendo mas de dos leguas de terreno, y seguían los suizos españoles, la brida Pannetier y dos batallones de la guardia de París. Por último, cerraban la marcha dos regimientos de dragones, dos de cazadores y un escuadron de coraceros, los marinos de la guardia y el resto de la artillería. Había dispuesto así sus tropas y colocado cuerpos escogidos en la retaguardia, porque temía principalmente el alcance de las divisiones tercera y de reserva. Con este orden y concierto empezaron á moverse las tropas imperiales, después de obstruido el puente de Andújar, pues Dupont no se atrevió á volarle, temiendo despertar la atención de los vigilantes españoles. Protegían á los imperiales las sombras de la noche, pero dificultaban su marcha su inmenso tren y un calor sofocante.

A las tres de la mañana llegaron las tropas francesas á los bordes del Herrumblar, riachuelo que

trae su origen del pie de Sierra-Morena, y arrastra sus aguas por un alveo estrecho y profundo, abierto en el corazón de una roca. Como el calor había sido tan escesivo, el río estaba casi seco y los imperiales le pasaron con facilidad, dirigiéndose los bagajes y trenes al puente. Un poco mas arriba del Herrumblar el camino penetra por entre dos colinas cubiertas de olivos. Aquí esperaba Dupont hallar los puestos avanzados de Vedel; pero cual fué su dolor y su sorpresa cuando en vez de sus auxiliares descubrió á los exploradores del general Reding! Mas como el retroceso era ya imposible, se resolvió á hacer un esfuerzo vigoroso para pasar sobre el cuerpo de nuestras divisiones y dar la mano á las de Dufour y Vedel.

Los tiros disparados por las descubiertas de ambos ejércitos esparcieron la alarma entre los españoles de Bailen. Hallábanse á la sazón, y pocos momentos antes de rayar la aurora, en los vivaces de las divisiones los mayores generales de estas D. Francisco Javier Abadía y D. Francisco Copons, ocupados en formarlas y prepararlas para la marcha.

Estos jefes oyeron las detonaciones y apercibieron sus tropas para el caso de la batalla. Los generales Reding y Cougny y algunos oficiales superiores, que estaban reunidos en una almazara ó molino de aceite, perciben tambien los tiros; pero dudan al pronto que los ocasionase la presencia de los imperiales, porque el movimiento de Dupont sobre Andújar el día 18 era inverosímil; mas una granada enemiga que viene á reventar casi á sus pies con horrible estrépito, es una prueba cierta de que se ha iniciado el combate. El general Reding dicta sus órdenes: la primera division se situó á la derecha del camino real; la segunda division á la izquierda, destacándose de esta algunas fuerzas, que se colocaron al otro lado del pueblo para contener á Vedel en caso de que descendiese desde Guarroman á la Carolina sobre el campo de batalla. Las dos divisiones españolas apoyaban su espalda en el pueblo de Bailen, y tenían al frente su formidable artillería servida por escelentes oficiales. Formaban dos líneas profundas y sólidas, extendiendo la primera sus alas para cubrir á la segunda, amparando los flancos la caballería. El valeroso coronel Cruz, que había sostenido con la mayor firmeza su posición sobre la cresta de Sierra-Morena, no bien hubo descubierto la marcha retrógrada de Dupont, descendió velozmente de la sierra y se apostó en el pueblo de Baños, pronto á lanzarse y despedazar el costado izquierdo de los franceses. La vanguardia española, á cargo entonces de D. Francisco Venegas Saavedra, tomó posiciones sobre los dos lados del camino al abrigo de las colinas.

Inicio el combate la brigada Chavert, fuerte, como hemos dicho, de dos mil ochocientos hombres; mas redújose durante algun tiempo, á un tiroteó estéril, sostenido por las avanzadas de ambos ejércitos. Dupont, que temia siempre la aproximación de Castaños, quiere hacer un esfuerzo poderoso para penetrar las divisiones españolas, y manda que se reuna sobre la primera línea del ataque el grueso de su ejército. Las órdenes del general francés se ejecutan con celeridad y precisión: todas sus tropas se hallan dispuestas para emprender un movimiento decisivo, excepto la brigada Pannetier, que con el general de division Barbu se apostó en el puente del Herrumblar para impedir el paso á Castaños.

A las cuatro de la mañana se replegaban las vanguardias sobre sus respectivos ejércitos, y la línea francesa se mueve para caer impetuosamente sobre los españoles. Artillería, caballería, infantería desembocan con buen orden en el llano que se extiende delante de Bailen: Chavert levanta sus baterías, y los grandes esfuerzos del enemigo se dirigen contra nuestra izquierda, donde mandaba el intrépido Cougny. Sus bisónos soldados reciben á los franceses con admirable serenidad, y sintiendo aumentarse su ardor con la presencia de tan odiado enemigo, le rechazan, causándole bastante pérdida, mientras que nuestra artillería juega con tanta superioridad y acierto que logra demorar todas las piezas del enemigo. Reding pretende aprovecharse de este momento favorable, con el tacto de un hábil general. Sin dar tiempo para que se repongán los franceses, se esfuerza por envolver su ala derecha, y á este fin ordena que una fuerte columna, compuesta de guardias valonas, regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, suizos, zapadores y el de caballería de España, se adelanten y desalojen al enemigo de una eminencia, sobre que apoyaba su flanco derecho. Nuestros soldados avanzan con la mayor resolución, arrollan cuanto se les presentan y ya van á recoger el fruto de sus esfuerzos, cuando el ala derecha de los imperiales opera con singular rapidez un cambio de frente, y un regimiento de dragones franceses, precipitándose al galope sobre los españoles, logra detenerlos en su marcha victoriosa, y les obliga á replegarse en buen orden sobre el interior de su línea. Pero este movimiento retrógrado que se vieron precisados á emprender las tropas españolas, lejos de influir desgraciadamente, contribuyó, por el contrario, al buen éxito de la batalla; pues como se habían precipitado, estando á punto de marchar las divisiones primera y segunda, esta, que segun hemos manifestado, formaba la izquierda, presentaba una saliente peligrosa, y el ruido choque de los imperiales la hizo ocupar sus verdaderas y sólidas posiciones.

Al propio tiempo se agita nuestra derecha, acometiendo intrépidamente la izquierda del enemigo, y sigue batiéndose durante mucho tiempo, con una constancia ejemplar. Guaiaba estas fuerzas D. Pedro Grimarest, y como empezase á vacilar después de lucha tan porfiada, acudió á su auxilio con buen golpe de gente D. Francisco Venegas, y á la cabeza del brillante regimiento *Ordenes militares*, desalojó á los franceses de la altura, y les forzó á replegarse. En vano Dupont, hirviendo en ira, mas falto de consejo que de valor, y presintiendo ya el desastroso desenlace de aquella jornada, empuña todos sus cuerpos en el fuego, lanza á sus ginetes, superiores en número y calidad á los españoles, sobre nuestras bayonetas, y nada omite para aportar una de las dos divisiones; en vano pone en juego todas las evoluciones que ha aprendido en una táctica sancionada por veinte años de victorias; los ataques á la derecha, al centro y á la izquierda, las cargas mas vigorosas á la bayoneta, no le producen otro resultado que el de debilitarse con sangrientos esfuerzos. Sobre las fuertes líneas de los españoles se estrellan el valor y la movilidad del soldado francés, el orgullo de las legiones conquistadoras, la temeridad de algunos de sus jefes, la pericia de otros y la fortuna de todos.

El combate duraba ya seis horas, y un sol abrasador aterra á hombres y caballos. En aquel terreno, seco y arrojado, ni un hilo de agua podía templar la sed de los combatientes. Los sobrios españoles, aquejados de este sufrimiento, le soportan con su habitual resignación; pero los franceses, oprimidos ya por la desgracia, empezaban á decaer de ánimo. El general Dupont ve anublarse el marcial semblante de sus tropas, y trata de infundirlas aliento, anunciándolas la próxima llegada de la division Vedel. Un rayo de esperanza brilla en el fondo de

sus corazones. Dupont se aprovecha de este instante, y ordena otro ataque general sobre el frente de los españoles. Precipitáronse en masa los franceses, buscando el punto débil de nuestras posiciones; pero nuestra superior artillería hace descargas mortíferas que arrebatan la cabeza de las columnas enemigas; nuestros soldados rechazan con el fuego de sus fusiles y la punta de sus bayonetas todas las cargas de la formidable caballería imperial, y aquellas dos líneas, semejantes á las falanges de la antigüedad, permanecen sin conmoverse en medio del campo de batalla. A las doce del día las baterías del enemigo han sido desmontadas de nuevo: casi todos sus jefes y oficiales se hallan muertos ó heridos; el general Dupont pertenece al número de los primeros, el general Dupont al de los segundos; el campo está cubierto de cadáveres franceses, y la desolación reina en el espíritu de los conquistadores.

Dupont, menos atormentado por los dolores físicos que por los dolores del alma, recorre de nuevo sus filas, y logra empuñar á sus soldados en hacer el último esfuerzo. El mismo se coloca á su cabeza, y seguido de los demas generales, de los marinos, de la guardia y de las restantes tropas, ataca á los españoles con ardor estremado; pero el hábil Reding ha dispuesto sus doce mil hombres de modo que opone siempre al francés tropas de refresco; las líneas españolas son impenetrables como un muro de diamante; las fuerzas de la desesperación son incalculables, pero efímeras, y Dupont, que ha hecho este esfuerzo grande, como el de un gigante moribundo, pierde pronto la ofensiva, y se retira sobre los bordes del Herrumblar.

Cerca de dos mil franceses, entre muertos y heridos, cubren el campo de batalla; los regimientos suizos de Preux y Reding se han reunido á sus hermanos, que combaten con los españoles: seis mil hombres escasos y estenuados por la fatiga subsisten con las armas en la mano: la derrota de los imperiales es cierta y desastrosa; y solo sostiene su ánimo abatido la esperanza de que Vedel opere una diversion poderosa sobre la retaguardia de Reding.

Eran las dos de la tarde. El cañon de La Peña retumba en las concavidades del Herrumblar, y su eco lleva el terror al pecho de los amilanados franceses. Los dos grandes cuerpos del ejército español alargaban sus brazos para oprimir y aniquilar las reliquias del famoso ejército de la Gironda.

El general La Peña, no obstante la celeridad que había empleado su movimiento, llegaba al alcance del enemigo, cuando la batalla estaba decidida. La causa de este retraso consistía en las precauciones tomadas por Dupont al retirarse de Andújar. Castaños, que contaba con la fidelidad y celo de los habitantes de esta ciudad, ignoró sin embargo la marcha del enemigo hasta las dos de la mañana. A esta hora se presentaron en el cuartel general unos paisanos de Andújar, anunciándole la partida del ejército francés. Castaños, después de asegurarse de la exactitud de esta noticia y de reconocer el puente que se creía cortado por el enemigo, dispuso que la division de reserva, seguida de la tercera, se pusiera en movimiento, y á la cabeza de ambas, pasó el mencionado puente, trasladándose á la orilla derecha del río. El general en jefe recogió nuevas y necesarias noticias sobre la dirección del enemigo, sus demostraciones, el orden de su marcha y cuanto pudiera ilustrarle acerca de la operación que se iba á emprender. Con auxilio de estos datos y la prontitud que exigían las circunstancias, arregló Castaños su plan. Las tropas debían adelantarse por el camino real en escalon, marchando la primera la reserva, bajo las inmediatas órdenes del general La Peña, y quedando por el pronto la segunda division en Andújar, ya para dejar en la marcha el conveniente intervalo, ya principalmente para tener un apoyo sólido en el caso de que las fuerzas de Dupont, vencidas ó vencedoras, refuyesen sobre su punto de partida. El general en jefe previno á La Peña que acelerase todo lo posible su movimiento; que á una distancia proporcionada disparase cuatro cañonazos para anunciar á Reding su aproximación, y que en el momento de avistar al enemigo emprendiera decididamente el combate.

La reserva se adelantó velozmente, recogiendo algunos franceses dispersos ó rezagados; muchos soldados nuestros caían sofocados por el calor; pero los demas, lejos de acobardarse, redoblaban el paso, aguijoneándose el deseo de medir sus armas con los aborrecidos imperiales. Una legua distaría aun la division española de las avanzadas enemigas, cuando se presentó á La Peña un oficial francés con el carácter de parlamentario. Interrogado acerca de su mensaje, manifestó el francés, después de ensalzar hiperbólicamente el poder y genio de Napoleon que venia en nombre de su general en jefe, á pedir que la division de la reserva detuviera su marcha. Chocó á La Peña singularmente tan estraña demanda, que ni aun venia rebosada con los preliminares de una capitulación, y mandando que concurran al parlamento á la presencia del general en jefe, siguió su marcha con mayor diligencia, hasta que los tiradores llegaron casi á tocar con los puestos de la retaguardia enemiga. Entonces hizo colocar en batería sus piezas; mandó disparar los cuatro cañonazos de aviso, y continuó avanzando. Ardian sus tropas en deseos de distinguirse; jefes y soldados olvidaban la fatiga de siete horas de marcha, bajo una temperatura de 40 grados, y sentían inflamarse su valor al aspecto del enemigo; dada la señal del combate y atendida la situación de los beligerantes, pocos minutos hubieran bastado para destruir las reliquias de la division Barbu, aconchadas sobre la orilla derecha del Herrumblar.

El ruido del cañon de reserva aumentó en muchos grados la consternación del general en jefe francés y el desaliento de sus tropas. Dupont, después de haber perdido la flor de su ejército en el último y desesperado ataque, apenas podía sostenerse á corta distancia; pero al sentir la proximidad de La Peña, comprendió que su situación era absolutamente desesperada, y que no le quedaba mas recurso que el de tratar con los españoles. Eligió para este fin al capitán Villotruys, escudero de templanza, quien bajo semejante concepto, era el mas á propósito para desempeñar esta misión triste y delicada. Villotruys se presentó á Reding, y le pidió un armisticio. Otorgósele generosamente el general español; pero contestó á las proposiciones que se le hicieron después relativas á un ajuste definitivo, que no se hallaba autorizado para ello, y que el único competente en este punto era el general Castaños.

Entre tanto, el francés, viendo que La Peña continuaba su movimiento, trata de contenerle, enviándole varios oficiales, que le suplicaron hiciese alto, declarándose vencidos, y allanándose á cuantas condiciones quisieran imponerseles. Vacilaba La Peña aun en vista de la humillación de los imperiales, porque las órdenes que para atacar había recibido de Castaños eran terminantes, y no dependiendo de Reding no podía tampoco considerarse ligado por el armisticio que este había concedido. Llegó entonces al siti o que ocupaba la reserva el capitán Villotruys, se avisó con el comandante general, instó, rogó, suplicó para que detuviese su movimiento destructor, y prevaleciendo entonces la lealtad española sobre el triste placer de derramar la sangre de los vencidos, La Peña prometió que suspendería

el ataque siempre que se continuasen sin demora los pasos concernientes á la capitulación. Villotruys se dirigió al cuartel general, y La Peña dispuso que dos oficiales de su division, atravesando el campamento francés conferenciaran con Reding, y oyeran de su boca la confirmación de cuanto había dicho el negociador imperial. Los dos oficiales se pusieron en camino; mas apenas habían pasado de nuestras avanzadas, cuando hallaron al coronel D. Francisco Copons, mayor general de la division Cougny, quien iba de parte de Reding á poner en conocimiento de Castaños cuanto había ocurrido en Bailen. Copons ratificó las noticias dadas por Villotruys, y entonces La Peña tomó posición sobre la derecha del camino real, formando martillo y abrazando con sus alas el flanco derecho y la retaguardia de los franceses. No estaba tampoco ociosa la tercera division: con el general en jefe á la cabeza y mandada inmediatamente por su comandante D. Félix Jones, se adelantó por el mismo camino real, apoyando siempre á la reserva, y se reconcentró sobre esta, constituyendo una valla impenetrable. Castaños se situó en la casa de postas inmediata, donde iba á resolverse definitivamente el problema que con tantos esfuerzos, tan singular heroísmo y tanta efusión de sangre se estaba agitando sobre las ríscuas márgenes del poético Guadalquivir.

La llegada de Vedel á las cinco de la tarde sobre la retaguardia de Reding complicó un tanto aquella situación lisonjera. El general francés, después de recorrer inútilmente el fondo de los desfiladeros, oyó en la Carolina el estampido del cañon que, como la voz de la tormenta, resonaba entre las concavidades de la sierra. Presumiendo que Dupont había empuñado la batalla con las tropas españolas, se dirigió al sitio del combate; mas por circunstancias imprevistas cuando se presentó á la espalda de nuestras posiciones, se estaba ya capitulando. Las tropas españolas, confiando en la buena fé del armisticio, habían dejado sus armas en pabellones y descansaban de las largas y gloriosas tareas de aquel día inmortal.

Vedel muestra su aptitud hostil; quiere arrebatarnos sorprendiendo nuestra ala derecha y abrirse paso con la punta de su espada hasta el punto en que permanecía Dupont. Dicta sus últimas disposiciones para el combate, y ya va á lanzarse sobre nuestros soldados, cuando le detiene un parlamentario de Reding, anunciándole la tregua convenida. El francés, sin prestar entero asenso á lo que acababa de oír, manda un oficial á Dupont para obtener la certidumbre de la noticia; mas no bien hubo trascurrido media hora, y sin aguardar la respuesta de su general en jefe, Vedel, obrando con doble y pérdida intencion, carga inopinadamente sobre nuestras tropas, y empieza á envolver el flanco derecho. Cerraban este extremo de la línea un batallón de Irlanda y parte del regimiento de Jaen, cuerpos ambos que ni temian ni esperaban la brusca acometida de los imperiales.

Merced á esta circunstancia, y cargando con el grueso de sus tropas, consiguió Vedel fácilmente arrollar al batallón de Irlanda, haciendo varios prisioneros y apoderándose de dos cañones; mas queriendo llevar adelante su intento, y cargando á la izquierda, encontró briosa y pertinaz resistencia en el regimiento de las órdenes militares, que al mando del intrépido coronel D. Francisco de Paula Soler, había acudido á aquel punto, donde estaba situada la ermita de San Cristóbal, que impedía inmediatamente las comunicaciones con Dupont. Redoblaban los imperiales sus esfuerzos; mas el bizarro regimiento se sostiene en la posición de San Cristóbal con heroica constancia, y ya Vedel, ciego de ira, va á arrojarse sobre este valiente cuerpo el resto de sus tropas y á oprimirle con el número, cuando una intimación espresa de su general en jefe le contiene y hace desistir de su propósito.

Mas tampoco fue espontánea esta orden de Dupont, tal cual convenia al honor militar y á la fuerza de la palabra empeñada. Lisonjébase el francés con que el ataque de su segundo aliviaría su situación, y sin advertir que la empeoraba, violando el mismo armisticio á que debía la existencia de sus abatidas tropas, mostrábase rehacio para contenerle, hasta que Reding le amenazó con pasar á cuchillo las divisiones Barbu y Fressia, si Vedel no desistía de su temerario y desleal ataque y permanecía en sus posiciones esperando las consecuencias de la capitulación entablada. Entonces ambos generales franceses, bajo la imperiosa ley de la necesidad, suspendieron sus movimientos, no aguardando ya nada del poder de sus armas, sino de la habilidad de sus negociadores. Presentáronse con este carácter á D. Manuel La Peña, los generales Marescot, ingeniero general de los ejércitos imperiales, y Chavert, jefe del E. M. G., provistos de plenos poderes para concertar la capitulación. No pertenecía el primero de estos jefes al ejército de observación de la Gironda; pero su brillante reputación militar, su alta categoría como grand oficial del imperio, y antiguas, aunque ligeras relaciones con Castaños, le hacían mas idóneo que otro alguno para entablar las negociaciones; repugnábale misión tan delicada y poco lisonjera; mas á ruegos de Dupont consintió en acompañar como testigo al general Chavert.

Recibieron La Peña en la venta del Herrumblar á venta Quemada, y á presencia de sus ayudantes generales, cuartel maestro y mayor general de infantería, les dijo que él no podía admitir tratos y conferencias mas que sobre la base pura y sencilla de entregarse á discreción las tropas de Dupont, y que si esto no se realizaba, haría avanzar sus tropas sobre las reliquias de las divisiones Barbu y Fressia. Conocían los comisionados el fundamento de tan imperiosa demanda; mas contestaron á La Peña que sus facultades, suficientes para tratar sobre otros preliminares, no se extendían hasta este punto; que le rogaban les permitiese renovar sus poderes, empuñando su palabra de volver en el preciso término de una hora. El comandante general de la reserva prometió diferir su ataque hasta que trascurriera el plazo solicitado, insistiendo en que si al cabo de la hora no se entregaban á discreción, lanzaría á sus impacientes soldados sobre las abatidas legiones del moderno imperio. Volvieron los comisionados á su campamento; mas antes de partir el conde de Marescot, quiso captarse la benevolencia de sus enemigos con un rasgo de fina política, y dirigiéndose al general La Peña, le dijo que no perteneciendo al cuerpo de Dupont, podía disponer de su persona, y que desde aquel momento se constituía prisionero, confiándose á la lealtad española.

Cuando Dupont supo que La Peña exigía se entregasen sin condiciones él y su ejército dentro del término de una hora, exclamó en un arranque de dolerosa indignación: «¡Nunca! Pereceremos todos antes que continuar las negociaciones sobre semejante base.» Movido por este sentimiento recorre su campo, acompañado de los demas generales y oficiales superiores, y se esfuerza por infundir en el ánimo de sus tropas un rayo de valor; pero este paso resulta completamente infructuoso; ni el galvanismo del pundonor, ni el recuerdo de sus antiguas glorias, ni el conocimiento de su terrible situación pueden impeler ya aquellos soldados, sumergidos en el mas completo abatimiento. Entonces el general en jefe francés, á instancias de Marescot, manda reunir un consejo de oficiales superiores, y en este

se acuerda proseguir la capitulación. Chavert, Marescot y Villotruys pasaron á avistarse con el general Castaños, que se hallaba en la casa de postas, y el cual, noticioso de todo, había dejado que La Peña diese los primeros pasos, reservándose él los decisivos.

Recibió el general en jefe español á los comisionados franceses con urbanidad, y les preguntó si estaban plenamente autorizados para tratar y dominar todas las dificultades que surgieran en el curso de la negociación. Contestó Chavert afirmativamente, y entrando el en fondo de la cuestión, pidió que se permitiera al ejército imperial volver á Madrid por Despeñaperros, evacuando completamente la Andalucía. Negóse Castaños á esta demanda, y exigió que las tropas de Dupont se entregaran á discreción, fundándose en que realmente era árbitro de su existencia, aconchadas como estaban sobre las márgenes del Herrumblar, é imposibilitadas de tentar el menor esfuerzo. Los negociadores hicieron valer la posición diferente de las divisiones Vedel y Dufour, que conservaban una aptitud imponente amenazando la retaguardia de Reding y que tenían segura su línea de retirada. Repuso Castaños que las dos divisiones francesas últimamente mencionadas no se hallaban en situación tan lisonjera; que había tomado las medidas necesarias para cerrar los desfiladeros, y que Vedel correría la misma suerte que Dupont, detenido en su marcha y oprimido por fuerzas superiores y alentadas por la victoria. El general Castaños, haciendo prevalecer esta consideración y dando un fuerte colorido al triste cuadro que presentaba el ejército imperial, procuraba vencer la resistencia que oponían los negociadores á que se incluyeran en la capitulación unas tropas que no habían experimentado quebranto alguno en la batalla. Por último, se admitió el precedente de que las divisiones de Barbu y Fressia, así como las de Vedel y Dufour fuesen objeto de la capitulación, si bien espresando diferentes condiciones, atendida su diversa situación.

A este punto había llegado la conferencia cuando tomaron parte en ella un ayudante del general Vedel y el capitán de marinos, Baste. La arrogancia y altivos modales de estos comisionados, disgustaron profundamente al conde de Tilly, representante de la junta de Sevilla, quien se produjo en términos justos, pero amargos; mostrós tambien ofendido el capitán general de Granada D. Ventura Escalante; y el mismo Castaños, que hasta aquí había observado una templanza y moderación singulares, no pudo contenerse y dijo que, si no se aceptaban penitentemente y sin discusión las condiciones propuestas, iba á romper el armisticio y á renovar el combate con todas las fuerzas de su ejército. Chavert y Marescot, que conocían á fondo el estado de las cosas, se alarmaron con esta amenaza, y suplicaron al general en jefe español que les permitiera hablar aparte con los delegados de Vedel. Accedió Castaños á esta demanda, y los generales franceses hicieron desistir de sus atrevidas proposiciones á los nuevos comisionados. Vencido este inconveniente, la negociación se llevó adelante, fundándose en su esencia sobre la idea últimamente emitida por Castaños, aunque debatiéndose todavía algunas de sus formas.

Ya estaban discutidas y aprobadas las principales bases de la capitulación, cuando Dupont, procediendo con una insignie mala fé, autorizó á Vedel para que se alejase del campo de batalla, haciendo ilusorio el artículo mas importante del tratado. Acogió Vedel con viva solicitud esta orden, y en la noche del 21 se puso en marcha con su ejército, dejando un fuerte destacamento en Bailen para engañar á los españoles. Protegió algun tiempo la fortuna en su desleal intento, pues logró llegar á Santa Helena, y ya se lisonjaba con la esperanza de haber salvado la mitad del ejército francés, cuando recibió una orden de su general en jefe previniéndole que viniera con sus tropas á los sitios que había abandonado con tanta mengua de su honor y con tanto desdoro de la religion de los tratados.

El vigilante Reding había notado la falta de Vedel, no obstante las precauciones adoptadas por este. El movimiento del francés falseaba la base de la capitulación acordada, porque la division Vedel era el objeto principal de las negociaciones, puesto que el cuerpo que había combatido bajo las inmediatas órdenes de Dupont, debía entregarse á discreción. Así es que Reding, justamente ofendido por una violación tan inaudita del honor militar, mandó á decir al general en jefe francés que si las fuerzas de Vedel no ocupaban sus anteriores posiciones y esperaban inmóviles el final resultado de las conferencias, él y los demas españoles se considerarían libres de todo compromiso, y castigarían la fe púnica de sus enemigos con las últimas estremidades de la guerra. Dupont, menos celoso de su honra que de la salvación de sus tropas, procediendo con doblez y alevé pensamiento, trató de ganar tiempo para que Vedel se pusiese fuera del alcance de las tropas españolas. Pero el altivo Reding comprendió este torpe ardid, requirió de nuevo y con mas energía al francés, amenazándole con pasar al filo de su espada las divisiones Barbu y Fressia, las cuales habían perdido sensible y gradualmente su fuerza física y moral.

La imperiosa demanda de Reding y los gritos de los españoles que se creían víctimas de una superchería indecorosa, llevaron el terror al pecho del general francés. Presumia tambien Dupont que Vedel se hallaría ya bastante lejos del campo de batalla para no acalar la orden emanada de un jefe colocado en situación tan crítica y violenta, y queriendo templar la ira de los españoles con una apariencia engañosa, mandó al general Legendre que escribiera á Vedel para que hiciese alto. Débil y ambigua esta carta, no podía realizar el pensamiento de Reding, que tomando un tono mas absoluto y calificando á Dupont de cómplice en la fuga de Vedel, le exigió que bajo su responsabilidad mas estrecha detuviera á su segundo en el movimiento que había emprendido. No se atrevió el general en jefe francés á resistir ó tergiversar esta intimación, y extendió la orden de que hemos hecho mérito. Dúo Vedel algun tiempo sobre la determinación que le convenia adoptar; pero á instancias de sus oficiales, mas pendorosos ó menos imprudentes, acordó regresar á Bailen, y esperar resignado la suerte de sus divisiones.

La fuerza de las circunstancias había orillado todas las dificultades; los negociadores franceses, sostenidos por el triste recuerdo de sus glorias, esperaban aliviar su situación, prolongando las conferencias, olvidando que el tiempo es aliado tan natural de la desgracia como de la fortuna; Dupont, el orgulloso Dupont, que iba á perder bajo el poder de este golpe sus anteriores y esplendentes timbres, resistía esta humillación con todas las veras de su voluntad; pero el espectáculo que presentaban sus tropas y la aptitud cada vez mas imponente de las españolas, debían destruir aun las ilusiones de la desesperación, y el caudillo imperi al, temblando de ira, puso la pluma sobre el papel. Por último, la noche del 21 se acordó definitivamente y quedó firmada la capitulación.

El día 23 fué el designado para que el ejército de Dupont rindiera sus armas, constituyéndose prisionero. Verificóse este acto de inmortal recorda-



ción en el punto próximo al que se había sostenido la batalla. Ocho mil doscientos cuarenta y ocho hombres desfilaron por delante de las divisiones tercera y de reserva, a cuyo frente estaba el general Castaños. Aquellos soldados, vencedores hasta aquí de la Europa, marchaban ahora con la vergüenza en el rostro y la rabia en el corazón, y fueron a deponer sus armas a cuatrocientas toesas del campo. Las tropas españolas, aunque novales, no se dejaron fascinar por el esplendor de victoria tan extraordinaria, y guardaron un continente firme, pero modesto y mesurado. Ni una voz ni un ultraje salió de nuestras filas contra los humillados imperiales; respetando la desgracia en el vencido, mostraron que eran dignos de la victoria. Al día siguiente 24, se trasladó el general Castaños a Bailén, donde las divisiones Vedel y Dufour abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones. Los caballos, las águilas, las banderas, cuarenta piezas de artillería, todo cuanto podía aumentar la brillantez del triunfo cayó en poder de los españoles. Diez y siete mil seiscientos cuarenta enemigos habían rendido las armas; a tres mil ascendía el número de los muertos y heridos, formando una pérdida de veinte mil seiscientos cuarenta hombres, sin contar los que se entregaron después en la Mancha a consecuencia de la capitulación. El ejército de la Gironda, la flor de los ejércitos franceses, la gloria del moderno imperio había sucumbido por entero en los campos de Bailén. Fué preciso que el general en jefe Castaños concediera su permiso a uno de los oficiales prisioneros para que llevara al general Savary, duque de Rovigo, la noticia de este gran acontecimiento; hecho inaudito este de que solo conserva la historia moderna dos ejemplos iguales en las célebres batallas de Molout y de Bitonte. La pérdida de las tropas españolas consistió en doscientos cuarenta y tres muertos y setecientos treinta y cinco heridos, incluyendo en los primeros diez oficiales y veinte y cuatro en los segundos.

(Mañana concluiremos esta biografía.)

Todos los periódicos de hoy, menos el *Clamor Público*, pagan un tributo de respeto a la gloriosa memoria del duque de Bailén.

La *Gaceta* publica sobre el mismo asunto el siguiente real decreto:

«Queriendo consignar de un modo solemne los grandes hechos que personifica el capitán general del ejército, grande de España, duque de Bailén, y regente que ha sido del reino, D. Francisco Javier Castaños, cuyo nombre recuerda una de las épocas de mayor gloria para la nación española, y manifestar el profundo dolor que la pérdida de este distinguido español, de acrisolada lealtad, ha causado en mi real ánimo, y causará en toda la nación, vengo en disponer lo siguiente:

Artículo 1.º Para dar un testimonio de mi real aprecio y consideración a la memoria del duque de Bailén, las exequias que por el reposo de su alma se han de celebrar en Madrid, se verificarán con mi asistencia.

Art. 2.º El Rey, mi amado esposo, asistirá en mi real nombre y representación a la conducción del cadáver del duque de Bailén desde la iglesia de San Isidro el real, donde se depositará, hasta la de su entierro.

Art. 3.º Igualmente concurrirá a estos actos mi Consejo de Ministros.

Art. 4.º Se tributarán al duque de Bailén, no obstante mi residencia en Madrid, los honores fúnebres que la ordenanza señala para el capitán general de ejército que muere en plaza con mando en jefe.

Art. 5.º Se celebrarán exequias, con iguales honores fúnebres, en las capitales de todas las capitánías generales de la monarquía.

Art. 6.º Los gastos de entierro y exequias serán de cuenta del Estado.

Art. 7.º A los restos mortales del duque de Bailén se dará sepultura, como escepcion honrosa y merecida en la iglesia de nuestra Señora de Atocha, originándose un sepulcro digno de su alto objeto.

Atendido el de este monumento, que ha de conservar tan gloriosa memoria, se construirá a expensas de mi real patrimonio.

Art. 8.º Por el ministerio de Gracia y Justicia se dirigirán cartas reales a los M. RR. arzobispos, RR. obispos, vicarios capitulares y jurisdicciones exentas para que en todas las iglesias, catedrales, colegiatas y parroquias de sus diócesis respectivas hagan celebrar el correspondiente oficio de difuntos.

Art. 9.º Durante tres días, a comenzar en Madrid desde el siguiente a la fecha de este mi real decreto, y en las provincias desde el en que se celebren las exequias en la capital del distrito militar, se vestirá por todas las clases rigoroso luto.

Art. 10. La espada del duque de Bailén, como recuerdo de gloria nacional, se depositará en el museo del real cuerpo de artillería.

Dado en San Ildefonso a veinte y cuatro de setiembre de mil ochocientos cincuenta y dos.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del consejo de ministros, Juan Bravo Murillo.

La Reina se ha servido disponer que en los tres días de luto que previene el real decreto de hoy, además de las corbaltas que se pondrán en las banderas, los generales, jefes y oficiales lleven en lugar de la banda un crespon negro en el puño de la espada.

El lunes próximo, a las diez de la mañana, se reunirá en la sala segunda de la audiencia el jurado que ha de calificar al *Heraldo*, *Constitucional*, *Epoca*, *Esperanza* y *El Diario Español*, en la denuncia que tienen pendiente estos periódicos, y de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

## CORREO ESTRANJERO.

### FRANCIA.

El 19 entró el príncipe presidente en Lyon, de cuyo punto es el último parte telegráfico que se ha recibido en París, el cual se halla concebido en estos términos:

«La entrada del príncipe ha sido magnífica. La afluencia era inmensa; las aclamaciones y los gritos de viva el emperador! unánimes. En Roume y Saint-Etienne las recepciones han sido igualmente notables.

Las poblaciones corren en masa a ver pasar a S. A. Su salud es excelente; su viaje es una serie de ovaciones.»

El prefecto del departamento de la Drome ha dirigido a los viejos soldados del imperio la alocución siguiente:

«El sobrino de vuestro emperador, Luis Napoleón, a quien el pueblo ha nombrado jefe de la Francia, viene a visitar nuestro departamento; a vosotros, nobles y gloriosos restos de nuestras inmortales falanges, os toca hacerle los honores.

Os cito a Valence para el 23 de este mes, en el campo de Marte, a las diez de la mañana. Allí encontrareis un bravo general que, como vosotros, com-

batió en los ejércitos del imperio; él os organizará y os mandará.

Que aquellos de vosotros que hayan conservado sus antiguos uniformes, los ostenten ese día; ellos recordarán vuestra gloria y vuestra bravura. El ejército se complacerá en admiraros, el pueblo os saludará con respeto, y Luis Napoleón esperará una grata emoción en presencia de los compañeros del emperador.

¡Venid! Dios os ha reservado todavía la dicha de ver un Napoleón.»

El Rhin acaba de tener una avenida súbita y extraordinaria, a consecuencia de las grandes lluvias que ha habido en Suiza y en Alsacia.

Segun escriben de Strasburgo, el 19 habían subido las aguas un metro y 46 centímetros de su nivel ordinario. El 19 habían subido 4 metros y 4 centímetros, y todavía seguía creciendo el río.

En Suiza habían causado las lluvias grandes daños, y en varios puntos se habían interrumpido las comunicaciones.

### ALEMANIA.

Segun dice la *Gaceta del Voss*, tres estados solamente de la coalición, la Baviera y los dos Hesses, son los que han contraído compromisos positivos con el Austria, y se han resuelto formalmente a romper con el Zollverein.

Por otra parte asegura una correspondencia particular de Berlín, que el gobierno prusiano ha concluido definitivamente las negociaciones, en atención que los Estados de la coalición no han dado una respuesta categórica para el 19 de setiembre, día que se había fijado como último plazo.

El duque de Wellington era el único feld-marschal prusiano que existía. En su consecuencia, el ejército prusiano debía llevar luto por tres días.

Se ha nombrado una comisión del 28.º regimiento de infantería, de que era coronel el difunto duque, para que vaya a Londres a asistir a los funerales si es posible.

El emperador de Austria ha sido recibido, como en su primer viaje, a su llegada a Pesth el 15 de este mes, con un inmenso entusiasmo. Atravesó la ciudad a caballo para ir al castillo de Buda, donde tiene su residencia. El 16 salió para el campo de Palota, cerca de Pesth.

### SUIZA.

En el *Correo Suizo*, periódico de Lausanna de 19 de este mes, leemos lo siguiente:

«Oron 17 de setiembre.

«Un triste accidente acaba de tener lugar esta misma tarde en el camino que va de aquí a Promasens, cantón de Friburgo. La duquesa de Orleans, acompañada de sus dos hijos y de unas pocas personas de su comitiva, se dirigía a Berna, cuando al llegar a Mondovino supo que el puente de Courtilles había sido llevado por las aguas la noche anterior. Tuvo, pues, que retroceder con sus dos carruajes de viaje, y tomar el camino de Romont, Trübingo, etc.

La duquesa ha pasado por Oron cerca de medio día, cuando a las dos horas se ve volver a Oron uno de los carruajes con la duquesa, los dos príncipes sus hijos, su dama de honor, etc., todos calados hasta los huesos, y la duquesa ademas herida.

Parece que su carruaje, por imprudencia del cochero, se había metido en una gran zanja llena de agua, a la entrada de la aldea de Promasens, y había volcado completamente. Se decía que la duquesa se había fracturado una clavícula, y los otros viajeros habían recibido algunas contusiones.

Se mandó llamar inmediatamente a los doctores Mellet, de Oron; Gassian, de Mezières, y Pellis de Lausanna.

El *Correo Suizo* añade, que la duquesa de Orleans se había trasladado a Lausanna para recibir los cuidados que su estado reclama.

Por otra parte escriben de esta misma ciudad con fecha 18, que los doctores Pellis y Gassian, que habían llegado inmediatamente, habían reconocido a la duquesa y le habían encontrado una fractura simple de la clavícula derecha. La noche había sido buena, y el estado de la princesa no ofrecía inquietud.

Los dos príncipes no habían recibido ninguna contusión.

## CORREO DE ESPAÑA.

Asegura el *Diario de Cataluña* que aprobados ya los planos, y obtenidas ya todas las reales órdenes necesarias, tanto de obras públicas como de guerra, muy en breve empezarán los trabajos en grande escala del ferro-carril de Barcelona a Martorell; parece que la estación de dicha capital se establecerá en el glásis de las Canalejas, y la de Martorell junto a la posada conocida por el Hostal de Puntarró.

En el *Granadino* leemos lo siguiente:

«En la tarde del 11 se presentaron José Martín y José Tapia al alcalde de Murchas, gravemente herido el primero, y levemente el segundo; Manuel Orqueza, vecino de Talarrá, fué quien causó las heridas.

Por disposición del comisario D. José Muñoz Cansobre, ha sido conducido José García al hospital de San Juan de Dios, herido por José Herencia. Este fué puesto al arresto municipal, a disposición del señor juez del respectivo distrito.»

Tambien dicen de Barcelona el 20:

«A las ocho de la noche de ayer vimos al tribunal judicial constituirse en el foso del glásis de la Puerta del Angel, al objeto de levantar los cadáveres de dos hombres, que al parecer habían reñido de la manera que se deja comprender quedando ambos muertos. Figuran tener unos treinta y cinco años, visten al estilo del país con alpargatas. Se encontraron en el lugar de la refriega varios objetos, que ocupó el indicado tribunal.»

Con fecha 21 del actual, escriben lo siguiente de Zaragoza al *Heraldo* sobre la salida del capitán general al recorrer el distrito, los proyectos de canalización del Ebro y ferro-carril, y sobre el lamentable estado de miseria y decadencia en que se encuentra el alto Aragón.

Dice así la carta:

«El capitán general Sr. Boigues, deja la capital por unos días para visitar parte del distrito, y durante su ausencia desempeñará el mando superior militar el gobernador segundo cabo el Sr. Zapatero. La salida del capitán general tiene por objeto examinar el estado de diferentes puntos fortificados y guardados.

Los acontecimientos verdaderamente grandes y de suma importancia, son para esta ciudad la canalización del río Ebro y el ferro-carril de Barcelona. La canalización hace mucho tiempo que está a la orden del día; pero solo de vez en cuando se adquiere alguna noticia mas ó menos cierta; y sin embargo de que a menudo se repite que en breve el proyecto será una realidad, esta es la hora en que no han comenzado ningún trabajo en nuestra capital, y los pocos que se emprendieron por Tortosa están suspensos y sin visos de continuarse, a juzgar por los rumores que corren: nos han asegurado no obstante, que cesarán los obstáculos, y acreditada la legitimidad de la concesión de Poncelet ante los pueblos, la empresa seguirá los trabajos necesarios; lo deseamos todos los amantes del bien del país. El proyecto de ferro-carril toma gran vuelo, y creemos que muy pronto la sociedad interesada contará con considerable número de acciones en esta provincia y en la de Huesca inmediata. Los habitantes del alto Aragón, que han per-

dido por completo sus cosechas, y que sufren las terribles consecuencias de una sequía espantosa, confían tambien en que si se lleva a cabo el colosal pensamiento de la vía férrea, encontrarán un medio fácil y útil para proporcionarse la subsistencia, tomando parte en las obras de desmonte, nivelación y de mas.

Segun tenemos entendido, el gobernador de la provincia trata de ocupar una buena porción de brazos en trabajos de utilidad pública, que serán un consuelo muy eficaz para los infortunados campesinos, faltos ya en el día de recursos y constituidos muchos de ellos en el imprescindible trance de mendigar a toda hora un pedazo de pan para alimentar a su familia, víctima de la miseria.

Así como en la provincia de Huesca tienen los campos una sed insaciable de agua, los de esta conservan muy buen aspecto, por las lluvias abundantes que nos regaló el agosto. Dios quiera compadecerse de la triste suerte de los labriegos del alto Aragón, y les deparé el consuelo que necesitan, porque su pobreza aumenta cada día.»

## PARTE OFICIAL.

### PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

La Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan sin novedad en su importante salud en el real sitio de San Ildefonso.

### MINISTERIO DE FOMENTO.

#### Obras públicas.

S. M. la Reina (Q. D. G.) se ha servido disponer que se inserte en la *Gaceta*, para conocimiento de quien corresponda, la adjunta copia que se ha pasado a este ministerio por el de Estado de dos decretos publicados en el *Monitor* de la Argelia, periódico oficial de aquella colonia, estableciendo un servicio de pilotos prácticos en los puertos y radas de la misma, y fijando la tarifa de los derechos de pilotaje que han de percibirse en la rada y puerto de Argel sobre los buques de todas clases.

De real orden lo digo a V. E. para su inteligencia y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. San Ildefonso, 21 de setiembre de 1852.—Reynoso.—Señor director general de obras públicas.

Copia que se cita en la precedente real orden.

«Luis Napoleón, presidente de la república francesa: Vista la ley de 15 de agosto de 1792 y el decreto de 12 de diciembre de 1806 sobre la organización del servicio de pilotaje;

Vista la deliberación del consejo de gobierno de la Argelia, fecha a 9 de febrero de 1852;

A propuesta del ministro de la Guerra, oído el consejo de Estado, decreta:

Artículo 1.º Se establecerá en los puertos y radas de la Argelia, y segun las necesidades de la navegación, un servicio de prácticos.

Art. 2.º No podrán ser pilotos prácticos o aspirantes de piloto los que no hayan cumplido la edad de 24 años, que no hayan hecho dos campañas de tres meses a lo menos al servicio del Estado, y satisfecho a un examen sobre la maniobra, el conocimiento de los bancos, corrientes, escollos y otros obstáculos que puedan dificultar la entrada o la salida del puerto.

Los servicios prestados sobre los buques del Estado, así como los que se hayan verificado a bordo de los buques mercantes, deberán ser extraídos del registro de matrícula y certificados por los administradores de marina.

Art. 3.º El examen de pilotos y aspirantes de piloto se verificará en presencia del administrador de marina por un oficial de navio o de puerto, dos pilotos y dos capitanes del comercio, que serán designados por el oficial director del movimiento del puerto.

Art. 4.º El comandante superior de marina en Argelia expedirá una carta de admisión a cada uno de los pilotos prácticos admitidos. Esta carta será registrada por la oficina de inscripción marítima de la residencia del piloto y notificada al prefecto del departamento.

Art. 5.º En los puertos en donde el servicio de pilotaje haya sido organizado, la administración de marina y la sala de comercio respectiva formarán, a propuesta del gobernador, una tarifa de los derechos que se examinará en consejo de gobierno y se fijará por un decreto.

Art. 6.º Los productos del pilotaje, de cualquiera naturaleza que fueren, se destinarán para los gastos del personal y del material de este servicio.

El esopo de los productos, una vez cubiertos los gastos, deberá ser empleado en las mejoras del servicio, en el aumento de sueldos, en gastos imprevistos y en abonos de socorros a los pilotos enfermos o achacosos, a las viudas y a los huérfanos.

Art. 7.º En cada puerto el servicio administrativo del pilotaje se confiará a una comisión compuesta del comandante superior de marina o de su delegado, presidente; del capitán del puerto de comercio, de dos negociantes o armadores, y de un piloto designado por la sala de comercio respectiva.

Los miembros negociantes y el piloto se nombrarán por tres años: serán reelegibles. Podrán ser suspendidos de sus funciones y separados por un decreto del gobernador general.

Art. 8.º Esta comisión regulará todos los gastos del personal y del material del servicio, así como los socorros que puedan ser concedidos en la conformidad al art. 6.º del presente decreto. Las decisiones de la comisión son definitivas.

Art. 9.º Los derechos de pilotaje y productos de cualquiera naturaleza que procedan de ellos se satisfarán en manos de un cajero designado por el gobernador general. Los pagos se ejecutarán por el cajero en virtud de órdenes de la comisión.

Art. 10. Todo capitán de buque entrante o saliente deberá tomar un piloto. En caso de negarse a ello, los derechos de pilotaje se consierran no obstante como debidos, sin perjuicio de toda acción civil y aun criminal contra el capitán, segun la naturaleza y la gravedad de los hechos y en conformidad a las leyes acerca de la materia.

Art. 11. Los buques franceses y extranjeros de menos de 25 toneladas, y los buques matriculados para el cabotaje, sea cual fuere el número de toneladas que midan, quedarán exentos a su entrada y a su salida de la obligación impuesta a los demás buques por el artículo que precede.

Art. 12. Un buque, el cual despues de su primera salida volviere a entrar en el puerto obligado por la tempestad o por otro cualquier accidente fortuito, no pagará derechos por su segunda salida; pero deberá satisfacer la mitad de los derechos en caso de tercera salida, tanto en esta salida como en la tercera entrada, y sucesivamente en las demas.

Art. 13. En caso de tempestad y peligro evidente, se fijará por el tribunal de comercio una indemnización particular que se satisfará por el capitán al piloto.

Art. 14. Cualesquiera promesas hechas a los pilotos prácticos en el peligro del naufragio son nulas.

Art. 15. Los corredores y consignatarios de buques extranjeros, son responsables del pago de los derechos de entrada y salida.

Art. 16. Las contestaciones relativas al derecho de pilotaje, indemnización y sueldo de los pilotos, serán juzgadas por el tribunal de comercio respectivo a instancia, ya sea de tercera persona interesada, o ya de un miembro de la comisión administrativa delegada.

Las penas disciplinarias en que puedan incurrir los pilotos prácticos, serán pronunciadas por el oficial director de los movimientos del puerto, y a falta de este por el oficial del puerto de comercio, bajo la autorización del administrador superior de marina.

Toda infracción que constituya una contravención, un delito o un crimen, será juzgada por los tribunales competentes, conforme a las leyes.

Art. 17. El importe de las multas sentenciadas, aun disciplinariamente, contra los pilotos, ingresará en la caja de los inválidos de marina del puerto en don-

de hayan tenido lugar los delitos y contravenciones.

Art. 18. Se establecerán reglamentos concernientes al servicio del pilotaje y a las disposiciones a las cuales los pilotos y capitanes de buques deberán haberse sujetos, en cada uno de los puertos, por el gobernador general a propuesta del prefecto del departamento, en vista del parecer del comandante superior de marina en Argelia, y oído el consejo de gobierno.

Art. 19. Se declaran aplicables a la Argelia las disposiciones del decreto de 12 de diciembre de 1806 en cuanto no tienen nada de contrario al presente.

Art. 20. El ministro de la Guerra está encargado de la ejecución del presente decreto.

Hecho en el palacio de las Tullerías el diez y seis de julio de mil ochocientos cincuenta y dos.—Luis Napoleón.—El ministro de la Guerra, A. de Saint-Arnaud.—Visto para ser promulgado en Argelia.—Argel diez y nueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y dos.—El gobernador general de Argelia, Randon.

Luis Napoleón, presidente de la república francesa. Vista el artículo primero del decreto de 16 de julio de 1852, previniendo la organización del servicio de los pilotos prácticos en la Argelia;

Vista la disposición de 10 de agosto de 1841, que reduce a la mitad los derechos de pilotaje que se han de percibir sobre los buques de vapor;

Visto el parecer de la sala de comercio de Argel y el de la administración de marina, sobre los derechos de pilotaje que se han de establecer en el puerto de Argel;

Vista la deliberación del consejo de gobierno de Argelia, fecha a 9 de febrero de 1852;

A propuesta del ministro de la Guerra, oída la sección de guerra y la de marina del consejo de Estado, decreta:

Artículo 1.º La tarifa de los derechos de pilotaje que han de percibirse en la rada y puerto de Argel sobre los buques mercantes y de guerra franceses y extranjeros, queda fijada como sigue:

#### Buques de comercio.

A la entrada. . . 11 céntimos por tonelada.

A la salida. . . 5 céntimos por tonelada.

Buques de guerra a la entrada y a la salida.

Francos.

Navios de línea de cualquiera porte que sean. 50

Fragatas de vela de cualquier porte que sean. 40

Corbetas de guerra o de cargamento de tres árboles y de cualquier porte que sean. . . 30

Gabarras de vela y de tres árboles. . . 25

Bergantines de guerra y buques ligeros de vela y de cualquier porte que sean. . . 20

Art. 2.º Los buques mistos pagarán como los de vela.

Los buques de vapor no pagarán mas que la mitad de los derechos de pilotaje.

Los buques extranjeros pagarán provisionalmente los mismos derechos que los franceses.

Todo buque que despues de haber fondeado en la rada entre despues en el puerto, pagará la mitad del derecho de entrada.

Los buques de cabotaje matriculados en todos los puertos de la Argelia quedan libres de pagar derechos.

Art. 3.º El ministro de la Guerra queda encargado de la ejecución del presente decreto.

Hecho en el palacio de las Tullerías a 16 de julio de 1852.—Luis Napoleón.—El ministro de la Guerra, A. de Saint-Arnaud.—Visto para ser promulgado en Argelia.—Argel 19 de agosto de 1852.—El gobernador general de Argelia, Randon.—Es traducción conforme.

### MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

#### REGLAMENTO DE ESTUDIOS (1).

(Continuación.)

Art. 244. Si el concurso se compusiere de dos ó mas asignaturas de una misma facultad, el examen versará acerca de todas, sacando un número para cada una.

En caso de que una de las dos asignaturas pertenezca a otra facultad, el examen de ella deberá hacerse ante un tribunal de la misma.

Art. 245. Ademas, en todos los exámenes se observarán las reglas siguientes:

1.º Todo alumno, que llamado para ser examinado no se presentare, quedará para el último día de examen; y si así no lo hiciere tampoco, será examinado en los estrordinarios.

2.º Ningún alumno podrá sufrir el examen del año que ha estudiado, trascurrido el plazo de los exámenes ordinarios y estrordinarios, a no ser que justifique, a satisfacción del jefe del establecimiento, enfermedad u otro motivo fundado que le haya imposibilitado de verificarle a tiempo.

Tampoco se le permitirá sin licencia de dicho jefe, pasar a otro establecimiento a sufrir examen: podrá sin embargo concedérsele si acredita la causa que a ello le obligue.

3.º Si el rector, decano o director asistieren a algún tribunal por creerlo conveniente, tendrán la presidencia y el derecho de preguntar y votar si fueren facultativos.

4.º Los números que se saquen de las urnas no volverán a ellas hasta que haya salido la mitad de los que cada una contenga.

5.º Concluido el examen del alumno, cada juez pondrá en la lista a continuación de su nombre, la nota que en su opinión haya merecido; las notas serán: mediano, bueno, notablemente aprovechado, y sobresaliente.

6.º Terminados los exámenes de cada día, los examinadores reunidos en secreto, y con vista de las notas puestas en sus respectivas listas, harán la calificación definitiva, debiendo ser aquella en que convenga la mayoría; y si estos estuvieren discordes, decidirá el voto del catedrático de la asignatura sobre cuya nota de calificación verse la disidencia.

7.º Los que no merecieron ninguna de las calificaciones espresadas, quedarán suspensos para los exámenes estrordinarios, en los que no podrán obtener nota de sobresaliente: si tampoco la merecieron en dichos exámenes, perderán curso. Los suspensos no podrán ser examinados en otra universidad o instituto sin autorización dada por el jefe del establecimiento en que fueron suspensos, y solo con objeto de continuar sus estudios en el que soliciten ser examinados.

8.º La calificación hecha por los jueces será decisiva, y contra ella no se admitirá recurso de ninguna clase.

Art. 246. Al alumno que no fuere aprobado en los exámenes estrordinarios, se le pondrá la nota de reprobado. Si lo fuere en asignatura accesoria, pasará al curso siguiente con la calificación de mediano, y con la obligación de estudiar de nuevo simultáneamente con las demas asignaturas de dicho curso la no aprobada, sobre la cual sufrirá a fin de año un examen especial. Si por la razón de la distribución de horas no pudiere asistir a la cátedra de la asignatura en que lo fué, podrá repararla privadamente con sujeción a examen.

Art. 247. Entendiéndose por asignaturas principales las que tienen mayor número de lecciones; y si en un curso dos asignaturas se hallaren en este caso, las dos se tendrán por principales, y el alumno perderá curso si no fuere aprobado en cualquiera de las dos.

Art. 248. Los que quisieren probar asignaturas sueltas ó cursos ganados en el extranjero ó en los seminarios conciliares, se sujetarán a las disposiciones que preceden; pero los de las dos últimas clases, si tratan de probar curso, sufrirán un examen particular de cada asignatura ante el catedrático de la misma y dos mas que nombrará el rector, pagando por cada una 40 rs. de derechos de examen.

Art. 249. Terminados que sean los exámenes de los alumnos de establecimientos públicos, principiarán

(1) Véase nuestro número de ayer.

los correspondientes a los de colegios privados; y concluidos estos, se admitirán a los matriculados para la enseñanza doméstica.

Art. 250. Durante el curso académico, nadie será admitido a examen y prueba de estudios anteriores al curso sino en el caso que menciona el art. 209.

Si alguno por circunstancias muy especiales tuviera necesidad de reprecisar absoluta, que deberá justificar, de ser examinado durante el curso, solicitará esta gracia de la subsecretaría de Gracia y Justicia, la cual para resolver oír al rector ó director del establecimiento en donde hubiere cursado el alumno.

Art. 251. Las listas de los alumnos examinados se fijarán en el tablon de edictos de cada establecimiento.

## TITULO V.

### DE LOS PREMIOS.

Art. 252. Todos los años habrá premios en los establecimientos públicos de enseñanza, a los cuales optarán por medio de oposición los alumnos que los hubieren solicitado y reunan los requisitos que se espresan en este título.

Art. 253. Los premios serán ordinarios y estrordinarios.

Los ordinarios consistirán en un diploma especial y en una obra correspondiente a la respectiva carrera; los estrordinarios en otro diploma especial y en la dispensa del depósito necesario para obtener el título en cada grado ó carrera.

En la enseñanza de medicina el premio estrordinario para alumnos de segundo año de anatomía consistirá, ademas del diploma, en una caja de instrumentos de disección cuyo valor no baje de 500 rs.

Art. 254. Los ejercicios de oposición a los premios ordinarios se verificarán luego que se concluyan los exámenes del propio nombre y los de oposición a los premios estrordinarios desde el día 24 al 30 de agosto de setiembre. Los alumnos solicitarán los primeros cuando hayan sufrido el examen ordinario, y los segundos desde el 15 al 20 del citado setiembre. Unos y otros se adjudicarán en el acto solemne de la apertura del curso, segun queda espresado en el art.



En todo lo demás, para los ejercicios de los premios extraordinarios, se observarán las mismas reglas que para los de los ordinarios.

Art. 268. Los ejercicios para el premio extraordinario de anatomía consistirán en una preparación.

Art. 269. Los premios se declararán en el acto de concluirse los ejercicios; mas si á juicio de la junta de oposiciones no hubiere lugar á la adjudicación del premio por no encontrar en los aspirantes mérito absoluto suficiente, lo consignará así en el acto mismo.

Art. 270. Si ocurriere que dos ó mas alumnos opusieran á premios ordinarios ó extraordinarios resultados calificados por el tribunal como de un mérito suficiente ó igual para obtener el premio, se adjudicará este al que tenga mejores antecedentes académicos, y en igualdad de antecedentes decidirá la suerte.

Art. 271. En junta general de catedráticos de cada facultad se sortearán tres jueces para las oposiciones de los premios ordinarios y extraordinarios: en Madrid serán también inculcados los catedráticos de los estudios superiores al grado de licenciado.

En los estudios elementales de filosofía lo serán para los premios ordinarios los catedráticos de las asignaturas de aquel año; y si estas fueren dos, el rector ó el jefe del establecimiento nombrará otro de una asignatura análoga. Para los extraordinarios de estos estudios lo serán todos los catedráticos de los mismos.

Art. 272. En latinidad solo habrá premios ordinarios, que serán declarados por los tres preceptores de estas asignaturas.

Art. 273. El catedrático mas antiguo de cada junta hará de presidente, y el mas moderno de secretario.

#### TITULO VI.

##### DE LAS PENAS.

Art. 274. Las penas por faltas ó excesos que cometan los estudiantes se impondrán por los catedráticos, por los decanos, por los jefes de los establecimientos ó por el consejo de disciplina.

Art. 275. Corresponde á los rectores, decanos, directores y catedráticos castigar:

- 1.º Las palabras deshonrosas y los actos de iniquidad y travesura.
- 2.º Las injurias y ofensas leves hechas á otros estudiantes y á los empleados del establecimiento.
- 3.º La falta de subordinación á los dependientes encargados del orden del establecimiento.
- 4.º La falta de decoro y compostura en el aula, ó de respeto á los jefes y catedráticos.

Art. 276. Estas faltas, segun los casos lo exijan, se castigarán con las penas siguientes:

- 1.º Aprender de memoria, copiar ó traducir cierto número de páginas de los autores que sirvan de testo.
- 2.º Estar de planton en la clase, pero sin postura violenta ó ridícula. Esta pena y la anterior solo se impondrán á los alumnos de latinidad.
- 3.º Represión privada por el catedrático, decano ó jefe del establecimiento.
- 4.º Represión ante el claustro de catedráticos.
- 5.º Encierro dentro del edificio, no pudiendo pasar de tres dias, y siendo en paraje claro, aseado y con buena ventilación.
- 6.º Recargo en el número de faltas de asistencia, no pasando de cinco.

Art. 277. Se prohibe toda pena de golpes ó malos tratamientos. El jefe ó catedrático que cometa este exceso incurrirá en responsabilidad, y se formará acerca de ello expediente gubernativo para que S. M. resuelva lo conveniente.

Art. 278. En las reincidencias se duplicará la pena á los alumnos; y si aun así no se corrigieren, se llevará la queja al consejo de disciplina.

Art. 279. El rector, y en los institutos agregados á la universidad el director, no podrán relevar al alumno de la pena impuesta por el profesor; pero tendrá facultad de rebajar una tercera parte, ó conmutarla por otra inferior siempre que lo estime conveniente, oyendo previamente al catedrático.

Art. 280. El mismo jefe dará parte al padre ó encargado del alumno de la pena de encierro cuando haya de pernoctar en él, y lo hará por medio de pa-peleta que entregará un bedel en propia mano.

Art. 281. Corresponde al consejo de disciplina conocer de los excesos siguientes:

- 1.º Los casos de segunda reincidencia de que habla el art. 278.
- 2.º Las ofensas é injurias graves hechas á otros estudiantes.
- 3.º Las palabras deshonrosas cuando las repita con frecuencia el alumno.
- 4.º Las blasfemias y ofensas á la religion.
- 5.º La insubordinación hacia los catedráticos y jefes de los establecimientos.
- 6.º El desacato ó resistencia á las órdenes del gobierno y á lo prevenido en el plan de estudios y reglamentos.
- 7.º La perturbación grave del orden y disciplina escolástica.

Art. 282. Las penas que, segun los casos, podrán imponerse por dichos excesos, son:

- 1.º La amonestación pública en la cátedra por el catedrático, por el decano ó por el jefe del establecimiento, segun lo determine el consejo. Perderá curso el alumno que no se presentare con el objeto de eludir esta pena.
- 2.º El encierro hasta por treinta dias dentro del establecimiento.
- 3.º La pérdida de los derechos de matrícula.
- 4.º La pérdida del curso.
- 5.º La expulsión del establecimiento por uno ó mas cursos ó para siempre.
- 6.º La prohibición de continuar sus estudios en los establecimientos del reino por uno ó mas años.

Tanto esta pena como la anterior deberá ser confirmada por el gobierno, el que lo comunicará á todos los jefes de los mismos establecimientos.

De todas las penas mencionadas en este título, á escepcion de las de los tres últimos números, podrá el consejo imponer dos simultáneamente cuando lo exijan las circunstancias particulares de la falta ó los antecedentes del alumno. La misma facultad tendrán respectivamente los jefes, decanos y catedráticos.

Art. 283. Las penas impuestas por el consejo de disciplina se pondrán siempre en conocimiento de los padres ó encargados, y se publicarán cuando y en la forma que el consejo estime conveniente.

Art. 284. Si además de los hechos cuya calificación y juicio definitivo se cometen al consejo de disciplina, resultaren otros que por su naturaleza pertenezcan á la clase de delitos comunes y estén por lo tanto sujetos á la acción judicial, el rector ó director, reuniendo los datos y noticias convenientes, dará parte al juzgado ordinario para que proceda con arreglo á derecho.

Art. 285. Si ocurriere en alguna cátedra desorden grave ó desacato al profesor, y no pudiere saberse desde luego quienes son los promovedores del exceso, el catedrático suspenderá la lección, dando parte al

jefe del establecimiento para que adopte las disposiciones oportunas. Si el desorden se repitiere en las lecciones subsiguientes, el jefe podrá cerrar el aula hasta por ocho dias, mandando anotar igual número de faltas á todos los alumnos, y á fin de curso se suplirán los dias en que hubiere estado cerrada la clase con otros tantos de lección; todo sin perjuicio de las rigurosas providencias que se juzgue conveniente adoptar contra los que notoriamente fueren tenidos por mas discolos.

Art. 286. Si con el objeto de adelantar las vacaciones, ó por otras causas, hubiere en los establecimientos públicos de enseñanza alborotos con algun carácter de generalidad amenazando turbar el orden público, los gobernadores, oyendo previamente al rector ó director, podrán cerrarlos hasta tener la seguridad de que los estudiantes no faltarán al cumplimiento de sus obligaciones. En estos casos el curso se prorrogará tantos dias cuantos sean los que la escuela estuviere cerrada.

Art. 287. Se prohibe á los alumnos dar muestras de aprobación ó aplauso al catedrático, considerándose tambien este acto como falta de disciplina. Tampoco podrá ningun estudiante tomar la palabra en el aula, no siendo preguntado por el profesor. Al que incurriere en esta falta se le anotarán de una á tres rayas de recargo, sin perjuicio de las demas penas á que hubiere lugar por la gravedad del exceso. Si algun estudiante tuviere dudas sobre las esplicaciones, podrá acercarse al catedrático despues de la lección, ó dirigirse á él por escrito.

Art. 288. Se prohibe igualmente á los cursantes:

- 1.º Formar entre sí asociaciones de cualquier especie.
- 2.º Dirigirse colectivamente á sus superiores, y presentar ó publicar escritos ó exposiciones con el mismo carácter.

Los que infrinjan estas disposiciones serán juzgados por el consejo de disciplina.

Art. 289. Se autoriza á los jefes de los establecimientos públicos de enseñanza para que, en el caso de ser perjudicial la permanencia en el pueblo de algun alumno forastero que hubiere perdido curso, reclame de la autoridad civil que le espida el correspondiente pasaporte para que regrese á su casa por un tiempo determinado.

(Se continuará.)

#### CRONICA DE MADRID.

Se asegura que el motivo de haber regresado la corte del real sitio de San Ildefonso antes de lo que se decía, procede del sentimiento que ha causado á S. M. el fallecimiento del duque de Bailen. Esta prueba de afecto al ilustrado patriótico, cuyo recuerdo vivirá eternamente en la memoria de los españoles, honra sobremanera á nuestra amada Reina, y justifica el alto aprecio y la consideración que le merecía el que ha dejado de existir. De lamentar es tan sensible pérdida, y nada tiene de extraño se quiera manifestar á la Europa entera que en España son apreciados los servicios que la prestan sus nobles hijos, y que sus monarcas saben recompensarlos. Aplaudimos, como debemos, tan relevante muestra de sentimientos, y digna es tambien de alabanzas la conducta que el gobierno trata de seguir en este asunto, honrando cual se merece la memoria del valiente é inolvidable general, con cuyo nombre se enorgullece este país clásico de lealtad y hondez.

—Esta tarde á las seis es la hora en que deberá llegar S. M. á esta capital. Inmediatamente se dirigirá al santuario de Nuestra Señora de Atocha á rezar la salva que se canta los sábados.

Los cuerpos de la guarnición cubrirán las calles por donde ha de transitar S. M.

—Ayer ha regresado á esta corte el señor ministro de Fomento, y esta tarde llegarán los de Estado y Gracia y Justicia.

—El domingo á las cinco de la tarde se instalará solemnemente en esta corte, en el antiguo palacio de los duques de Osuna, calle del mismo nombre, en el convento que fué de religiosas del Caballero de Gracia, la comunidad de los padres de la congregación de San Vicente de Paul, nuevamente restablecida. Asistirá el señor cardinal arzobispo de Toledo, y se cantará un solemne *Te-Deum*, celebrándose en los tres dias siguientes un devoto triduo en acción de gracias, segun anunciaremos oportunamente.

Es el mismo edificio donde estuvo la comunidad á la cual pertenecía san Patrocinio.

—Hemos tenido ocasion de ver un cuadro de grandes dimensiones, pintado al óleo, que representa á Jesus predicando su doctrina al pueblo hebreo. La buena elección del colorido, la acertada colocación del Salvador y de los oyentes en diferentes actitudes, con naturalidad y atención; la exactitud de los ropajes y la entonación general que ofrece todo el conjunto, le presentan como una obra apreciable.

El autor, jóven de 18 años, hijo del ex-diputado García Jove, persona conocida y apreciada generalmente, promete ser un artista distinguido, si á la adición y buenas dotes que manifiesta para el arte, reune suerte y protección, que le desamamos muy cumplida.

—Todo tiene fin en este mundo. Una prueba reciente de esta verdad es el haberse terminado ya enteramente el empedrado de adoquines de la calle de Fuencarral, cuya obra se creía interminable.

#### CRONICA RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Lope, obispo y confesor.

CULTOS RELIGIOSOS. Cuarenta horas en la iglesia de monjas de D. Juan de Alarcón, donde sigue la novena de Nuestra Señora de las Mercedes.

#### BOLSA.

##### SIN OPERACIONES.

3 por 100 consolidado. . . . . 47 1/16  
3 por 100 diferido. . . . . 24 15/16  
Amortizable de primera. . . . . 12 1/4  
Id. de segunda. . . . . 6 3/4  
Acciones de San Fernando. . . . . 104

##### EMISIONES DE ACCIONES DE CARRETERAS.

Cabrillas 1.º abril 1833, de 4000 rs. . . . . 3.000.000.  
16 agosto 1841, de 1000. . . . . 9.000.000 á 100 d.  
Coruña 16 agosto, de 4000. . . . . 8.000.000.  
Fomento 1.º abril 1850, de 4000. . . . . 80.000.000 á 77  
Id. id. 2000. . . . . 30.000.000 á 78 p.  
Id. junio 1851, 2000. . . . . 30.000.000 á 76 p.  
Id. de agosto de 1852 de  
2000 rs. . . . . 55.000.000 á 75 p.  
Con interés de 6 por 100 al año.

##### CAMBIOS

##### SOBRE EL ESTRANJERO.

Londres á 90 dias por 1 p. f. . . . . 5 30  
Paris á 8 dias por 1 p. f. . . . . 5 26

#### SOBRE PROVINCIAS.

A OCHO DIAS.		A OCHO DIAS.	
Daño.	Benef.	Daño.	Benef.
Albacete. . . . .	1/4	Logroño. . . . .	1/4
Alicante. . . . .	par	Lugo. . . . .	1/4
Almería. . . . .	1/4	Málaga. . . . .	1/4
Avila. . . . .	1/4	Mallorca. . . . .	1/4
Badajoz. . . . .	1/4	Murcia. . . . .	1/4
Barcelona. . . . .	par	Orense. . . . .	1/2
Bilbao. . . . .	1/8 d.	Oviedo. . . . .	1/4
Burgos. . . . .	1/4	Pamplona. . . . .	1/4
Cáceres. . . . .	1/4 d.	Palencia. . . . .	par
Cádiz. . . . .	1/4 d.	Pontevedra. . . . .	1/4
Cartagena. . . . .	par	Salamanca. . . . .	1/4
Castellón. . . . .	1/2	S. Sebastian. . . . .	par
Coruña. . . . .	1/4	Santander. . . . .	1/4
Ciudad-Real. . . . .	1/2	Santiago. . . . .	1/4
Córdoba. . . . .	1/2	Segovia. . . . .	par p.
Cuenca. . . . .	1/4	Sevilla. . . . .	1/2
Gerona. . . . .	1/2	Soria. . . . .	1/2
Granada. . . . .	5/8	Teruel. . . . .	1/2
Guadalajara. . . . .	1/2	Toledo. . . . .	par
Huelva. . . . .	3/4	Valencia. . . . .	par
Huesca. . . . .	3/4	Valladolid. . . . .	par d.
Jaén. . . . .	1/2	Vitoria. . . . .	1/4
León. . . . .	1/2	Zamora. . . . .	1/4
Lérida. . . . .	1/2	Zaragoza. . . . .	par papel

Descuento de letras 6 por 100 al año

#### OBSERVACIONES METEOROLOGICAS DE AYER.

TERMOMETRO.				
EPÓCAS.	BAROMETR.	GENTIL.	BAROMET.	ATMOSP.
7 de la m. 13 s. 0.	1834 s. 0.	26 p. 4.	N. E.	Nublado.
2 del d. 28 s. 0.	35 s. 0.	26 p. 33/4.	N. E.	Despej.
6 de la t. 253/4 s. 0.	321/4 s. 0.	26 p. 31/2.	N. E.	Nubes.

#### EFEMERIDES ASTRONOMICAS DE HOY AL TIEMPO MEDIO.

SOL.  
Saló á las 5 h. 51 m.—Se pone á las 5 h. y 53 m.  
DIA 13 DE LA LUNA.  
Pasa por el meridiano á las 10 h. y 23 m. de la n.  
Aparece á las 5 h. y 5 m. de la t.—Se oculta á la 2 h. y 47 m. de la m.  
Los relojes deben señalar hoy al medio dia verdadero las 11 h. 51 m. y 31 s.  
El dia dura 12 h. y 2 m. La noche 14 h. y 58 m.

#### ESPECTÁCULOS.

INSTITUTO. No hay funcion en este teatro segun costumbre. Mañana domingo habrá dos funciones, cuyo portemon dirán los carteles.  
VARIETADES. A las ocho de la noche: 52.ª representación del aplaudido drama en cinco actos, titulado Adriana. CIRCO DE MADRID DE PAUL. Suaré recreativa.—Hoy sábado 25, á las ocho y media de la noche: Penúltima irrevocable funcion de la comp. n.ª española del señor Coronado, y en la que se presentará por primera vez el Sr. Delino á ejecutar juegos y suertes de prestidigitación, etc., etc.—Los carteles darán los demas pormenores. Mañana domingo 26, última irrevocable funcion de la temporada.

Madrid, 1852.

IMPRENTA DE EL DIARIO ESPAÑOL,  
A CARGO DE A. ANDRÉS BABI,  
calle de Santa María, número 13.

## SECCION DE ANUNCIOS.

### Profesora de piano.

Doña Ernestina Legizte, recientemente llegada á esta corte, admite lecciones para su casa y las de las discipulas. Tambien tomará lecciones en los colegios de señoritas á precios muy arreglados. Calle de la Madera Baja, número 21.  
(J. 848) 8

### Aviso interesante.

El señor conde de Gazzera acaba de publicar un cuaderno, que distribuye gratis, y dará lecciones tambien gratis hasta fines del corriente mes.

Con el auxilio de dicho cuaderno, cualquiera podrá fabricar licores superiores á los de Francia é Italia, y cuyo coste no excederá de cinco reales vellon cada botella de cuartillo y medio, y licores finos, que costarán de 20 á 25 cuartos.

La segunda parte del expresado cuaderno es la instrucción general para componer é imitar con el mosto todos los vinos mas apreciados de Europa.

Dos horas de lección bastan para aprenderlo todo. El señor conde de Gazzera recibe todos los dias, desde las doce de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en su casa habitación, CALLE DE ALCALA, NUM. 4, CUARTO PRINCIPAL DE LA DERECHA.  
(4)

PURSUANT to an Order of the High Court of Chancery, made in the matter of William Henry Commerell, late an Ensign in Her Majesty's First Regiment of Foot Guards, at Barossa, deceased all persons claiming in respect of any DEBTS or LIABILITIES affecting the PERSONAL ESTATE of the said WILLIAM HENRY COMMERELL, (who died on or about the 31st day of March, 1841), are, by their solicitors, forthwith to come in and prove their debts and claims before Richard Richards, Esq., one of the Masters of the said Court, at his chambers, in Southampton-buildings, Chancery-lane, London; or, in default thereof, they will be excluded the benefit of the said order.  
W. H. RYMER, 59, Chancery-lane, London, Solicitor for the Administrator.  
(3032)

CURSOS DE IDIOMA INGLES  
POR EL MÉTODO DE ROBERTSON,  
calle de Carretas, núm. 25, cuarto segundo.

Por este método enteramente práctico, y con solo veinte lecciones, se aprenden los elementos y el mecanismo de la lengua.

Desde la primera lección se acostumbra á leer, traducir y hablar simultáneamente.

Al cabo de las veinte lecciones tiene el discípulo de memoria cerca de 1200 frases familiares, por medio de las cuales ha aprendido á combinar las palabras y á expresarse aun con facilidad.

Hay cuatro cursos diarios, graduados conforme á los adelantos de los discípulos, de manera que pueden concurrir á ellos cualquiera que sea el estado en que se encuentren sus estudios.

TRATADO DEL ARTE DE FORMULA O DE recetar, etc., etc., por Troussseau y Reveil, traducido por D. Constantino Sáez Montoya. Segunda edición; un tomo en 4.º de unas 500 páginas: precio 14 rs. rústica y 16 holandesa. Obra adoptada para testo. Se hallará en la librería extranjera de D. Carlos Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11.  
(J. 929) v. d.

### BIOGRAFIAS

DE LOS

### OBISPOS CONTEMPORANEOS,

prelados y demas dignidades

DE LA IGLESIA ESPAÑOLA.

Lupisima obra, elogiada por la prensa madrileña, acompañada de magníficos retratos de cuerpo entero, á dos tintas, intercalada de viñetas y letras de adorno, autorizada por SS. MM. y demas personas de la real familia, dedicada á su eminencia el señor cardinal arzobispo de Toledo, y publicada por D. Vicente María Brusola y D. Niceto Hernandez de Fuentes.

Se ha repartido la entrega 10.ª y está en prensa la 11.ª. Se suscribe á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias, en su redacción, calle de la Estrella, n.º 46, cuarto principal, y en las librerías de Cuesta, Monier, Villa y Baylle-Baylliere; y en provincias, en todas las administraciones de correos del reino.

## AL SOL DE MADRID.

Especialidad en Camisas,

PUERTA DEL SOL, NUM. 22.

Gran surtido de camisas de todas clases y lienzo para su confección á medida respondiendo de su buen asiento.

## EL NUEVO SISTEMA LEGAL

DE PESAS Y MEDIDAS,

PUESTO AL ALCANCE DE TODOS,

POR

MELITON MARTIN,

Ingeniero de la Compañía madrileña del Gas.

TERCERA EDICION.

Esta obra es la única esposición completa del nuevo sistema métrico publicado hasta el día; y en prueba de su superioridad sobre todas las demas de su clase, se podrian citar numerosos testimonios espontáneos remitidos al autor por varios profesores de instrucción del reino. Las tablas que acompañan son tan completas y exactas como se puede apetecer, y se dá gratis con cada ejemplar un libro primorosamente estampado en cinta.

Se vende á 10 rs. en Madrid en las librerías de Cuesta, calle Mayor; de Monier, Carrera de San Gerónimo; de Bayllé Baillière, calle del Príncipe; y de Hernando, calle del Arenal; y en provincias, en las administraciones de correos y principales librerías del reino.

Nota. Los profesores que deseen acostumbrar á sus discípulos al manejo del metro, base del sistema, podrán dirigirse sus pedidos (franco de porte) al autor, calle del Humilladero, núm. 10, quien los remitirá sueltos á real cada uno.

### PROFESOR DE INGLES.

Mr. Keys, de Londres, profesor de lengua inglesa, catedrático del Ateneo y del Colegio Español, ofrece su nueva habitación, calle del Carmen, número 53, cuarto segundo, á sus amigos y discípulos.  
(5)

### ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA

DE

### DERECHO Y ADMINISTRACION,

NUEVO TEATRO UNIVERSAL DE LA LEGISLACION

### DE ESPAÑA E INDIAS,

POR

D. Lorenzo Arrazola, D. Pedro Sainz Andino, D. Miguel Puche y Bautista, D. Vicente Valor, D. Mariano Antonio Collado, D. José Romero Giner, D. Ruperto Navarro Zamorano, D. Pedro Gomez de la Serna, D. Fernando Alvarez, D. Joaquín José Casaus, D. José de Mesa, D. Joaquín Aguirre y D. Cirilo Alvarez.

Conocidas ya del público la claridad y extension con que se tratan las materias en esta importantísima publicación, así como el método en que se esponen todos sus artículos por lo que respecta á sus dos partes legislativa y doctrinal, en que están divididos, solo advertiremos ahora, para que pueda formarse una idea perfecta de la obra, que solamente la letra A. comprende unos trescientos artículos mas que el Diccionario de Legislación y Jurisprudencia, por D. Joaquín Escriche.

#### Aviso á los señores suscritores.

Reconociendo la empresa de la Enciclopedia Española de Derecho y Administración á la favorable acogida que esta ha merecido del público, ha empezado en la entrega 45.ª, última de la letra A, á realizar varias de las importantes mejoras que desde un principio se propuso. Al efecto ha estrenado una fundición nueva; ha adquirido papel de calidad superior, que puede competir con el mas excelente de las fábricas extranjeras, y principiado á repartir gratis á los señores suscritores el índice general de materias, que por sí solo formará un tomo con su foliatura y paginación correspondientes. De este modo los señores suscritores de la Enciclopedia reciben sin anuncios anticipados ni pomposas ofertas, beneficios positivos, que ocasionan un desembolso de bastante consideración á la empresa, la cual se promete aumentarlos en lo sucesivo, si continúa mercedendo, como espera, la confianza de sus abonados. Así, pues, las entregas constarán desde la 45.ª por un orden regular, de diez pliegos dobles, ó sean veinte pliegos cada en folio, con las mejoras indicadas y sin aumento alguno de precio. Cada entrega cuesta 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte. Cada tomo consta de diez entregas.

Se ha publicado la entrega 46.ª, y á fines de mes se repartirá la 47.ª, que es la 7.ª del tomo 5.º. Para facilitar á los nuevos suscritores la adquisición de la obra sin que hagan desde luego el desembolso del precio de los cuatro tomos publicados, la empresa admite nuevas suscripciones satisfaciendo los suscritores 20 rs. mensuales en Madrid y 24 en provincias á cuenta y hasta completar el importe de dichos cuatro tomos, y además lo correspondiente á las entregas que se vayan publicando.

Continúa abierta la suscripción en la administración central, calle de la Encomienda, núm. 20, cuarto principal de la izquierda, y además en las librerías y correos de la empresa en Madrid, provincias y Ultramar.  
(J. 49.—2)

### CUADRO DE PESAS Y MEDIDAS MÉTRICAS

Y MONEDAS LEGALES,

DIRIGIDO POR D. J. AVENDAÑO Y D. M. CARDENA,

INSPECTORES GENERALES DE INSTRUCCION PRIMARIA.

Aprobado por el real consejo de instrucción pública y recomendada su adquisición y uso, con especialidad á las escuelas, por real orden de 4 del corriente mes.

Este cuadro, cuya tercera edición acaba de publicarse con notables mejoras, tiene próximamente un metro y 38 centímetros de largo y un metro y 60 centímetros de ancho, y representa en su verdadera magnitud, forma y colorido las medidas, pesas y monedas, todo dispuesto de tal modo que con la mera inspección del cuadro se forma idea del sistema y de las unidades efectivas de uso común. Se halla venal en la redacción de la Revista y la Aurora, calle de Alcalá, núm. 37, cuarto tercero, y en las librerías de Monier y Bailly-Baillière.  
(J. 114.)

### COMODIDAD.

Se cede una espaciosa sala con gabinete y alcoba, propia para un matrimonio ó una persona sola que quiera vivir independiente